$ 4.50 - 450 m/n.

27 ARGENTINA



MISIONES I



PRESIDENTE
Carlos Civita
GERENTE EDITORIAL
Antonio F. Salonia
GERENTE COMERCIAL
Eric Skinner
SUBGERENTE EDITORIAL
Ignacio Palacios Videla
JEFE EDITORIAL
Rubén Tizziani
JEFE DE FOTOGRAFIA E ILUSTRACIONES
Carlos Cerqueira
COORDINADOR TECNICO
Néstor Maldonado

ARGENTINA

Editor
César Civita
Coordinador General
Fernando Lida García
Equipo Asesor
Jorge Baron,
Lic. Cristina de Lorenzo, León Pomer,
Prof. Adelia María Pommerenck,
Prof. Martha Irene Stefanelli
Redactor
Luis Grassino

PLAN DE LA OBRA

ARGENTINA es una edición de Abril Educativa y Cultural S.A., avenida Leandro N. Alem 896, Capital Federal, República Argentina. La cartografía de ARGENTINA ha sido elaborada por el Instituto Geográfico Militar, por el departamento cartográfico de Abril Educativa y Cultural S.A. y por el Automóvil Club Argentino, cuya generosa colaboración se agradece especialmente. Todos los mapas cuentan con la autorización correspondiente del Instituto Geográfico Militar, según lo establece el decreto Nº 8944/46 del Poder Ejecutivo Nacional

Impreso en los Talleres Gráficos Abril, avenida Roca 4410, Florida, provincia de Buenos Aires, República Argentina.

Octubre de 1972

Printed in Argentina.

Distribuidor en la Capital Federal: Vaccaro Hnos., Solís 585, Capital Federal. En el interior: RYELA S.A.I.C.I.F. y A., Bartolomé Mitre 853, 5º piso, teléfonos 45-0406/2844.

Para la compra de números atrasados, dirigirse a RYELA S.A.I.C.I.F. y A.

Registro de autorizaciones para el envío de libros de edición argentina, Nº 114.

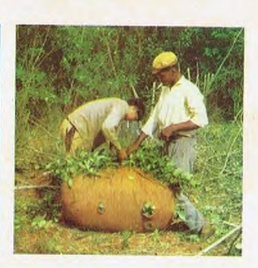
NUESTRA PORTADA

Las cataratas del Iguazú

El próximo fascículo:

MISIONES II

Yerba mate: "el té de las Misiones"
Saqueo a la selva
La provincia que perdió el invierno
San Ignacio: las ruinas y el torrente
El "Atila de América"



EL CAZADOR DE MONTE

(fragmento)

(...) Como el algarrobo entre los demás árboles para los mediterráneos del país, el tigre es para los pobladores de la selva el animal por antonomasia. Por su importancia capital, al algarrobo se lo denomina *árbol* exclusivamente. Todos los demás árboles no lo son. Para el habitante del bosque tropical, poblado de bichos, el único que merece tal nombre es el tigre: los otros son tapires o ciervos, osos hormigueros o cuendús. *Bicho* es únicamente el tigre. (...)

La táctica del cazador de tigres es también una siempre, sin más variantes que las impuestas al final de la corrida por el carácter de la fiera. Si ésta es valiente, esperará a los hombres en tierra. Si es cobarde, trepará a un árbol. Pero acorralado en un rincón o en la horqueta de dos ramas, el tigre no ve sino un enemigo, al que presta toda su atención: los perros. Flacos hasta el esqueleto, sarnosos y el hocico desfigurado de cicatrices, reumáticos y ardientes de furia, ellos representan el único peligro para el tigre. Sus tremendos ronquidos responden directamente al gañido aullante de la jauría. (...)

Por entre el monte llamado sucio a causa de las densas madejas de tacuapí que cierran paso y vista, es imposible correr con escopeta o fusil alguno. Por esto los cazadores llevan por toda arma de fuego una pistola que cargan al cinto y que no es las más de las veces sino una escopeta cuyo cañón han cortado a quince centímetros de los gatillos. Manejan esta arma con las dos manos extendidas. Cárganlas habitualmente con pedazos de patas de olla; y si usan balas, raspan cuidadosamente el plomo hasta que juegue libremente en el cañón, a fin de asegurar la puntería.

Un tiro con tal arma y dicha munición, aun a boca de jarro como es forzoso hacerlo en la circunstancia, casi nunca mata. Y como la fiera salta sobre el humo mismo, es admirable cómo tales cazadores pueden, de ese duelo, quedar ellos solos en pie.

La psicología de esos hombres es también curiosa. Cuestionado cierta vez por mí un cazador que solo y sin armas había tropezado con un tigre en una picada, me respondió que debido tal vez a lo inesperado del encuentro, no había tenido temor alguno, aunque él y la fiera hubieran sostenido por más de un minuto un inmóvil vis a vis.

—Yo no tenía miedo, le juro —afirmó—. Pero asimismo toda la carne del cuerpo me temblaba.

En parecidas circunstancias, otro cazador que hallándose dormido en su canoa y envuelto en el poncho, fue despertado por el manoteo curioso de un tigre, me informó de que la sorpresa del bicho había sido, por lo menos, tan grande como la suya, cuando se desembozó bruscamente al incorporarse. Paso tras paso el tigre había retrocedido sin perder de vista al cazador que se mantenía inmóvil. No enseñó un solo instante el costillar, ni apartó los ojos del hombre. Cedió terreno palmo a palmo, hasta hundirse por fin de ancas en el monte.

—Yo estaba quieto sin saber qué hacer —concluyó el cazador— y nunca en la vida he tenido más miedo. Pero yo le aseguro —agregó después de un momento— que el tigre también tuvo miedo...

HORACIO QUIROGA

La vida en Misiones

Notable cuentista rioplatense (1880-1937) cuya larga residencia en Misiones inspiró muchas de sus obras: Cuentos de la selva, Anaconda, El salvaje, *entre otras.*

MISIONES



RUINAS DEL TEMPLO DE SAN IGNACIO



El Alto Paraná se desliza entre elevadas barrancas que contienen la recia embestida de sus crecientes.

El agua fluye tranquila, discurriendo sin demasiada prisa por un cauce poco profundo, acariciando con pereza la selva que la saluda desde las orillas y se refleja temblorosa sobre el espejo líquido. Y de pronto, el abismo. Una tormenta repentina que hace bramar el agua contra las piedras atronando el espacio con el rugido de la espuma lanzada en loca carrera por el tremendo impacto. Son las Cataratas del Iguazú, las Aguas Grandes de los guaraníes, una de las maravillas del mundo y, paradójicamente, el mayor obstáculo para que Misiones sea conocida.

Sucede que este portento natural eclipsó durante décadas el resto del territorio y popularizó una asociación de ideas casi automática: Misiones = Cataratas. No hace mucho que este prejuicio empezó a desdibujarse, pero en cuanto se contempla la realidad misionera olvidando el reflejo enceguecedor de los saltos del Iguazú, se descubre una provincia de características excepcionales, suerte de minipaís con clima, fauna, flora, fisonomía y características únicas en la República. Su azarosa historia también ayuda a entenderla así, ya que sus selvas presenciaron un singular experimento social que puede evocarse hoy en las ruinas que señalan el asentamiento de las misiones jesuíticas.

Ni los padres misioneros, ni los criollos ni los inmigrantes encontraron en Misiones una tierra fácil. La selva, densa y hostil, opuso toda su potencia salvaje a la progresiva extensión de los cultivos y plantaciones que hoy sustentan la vida provincial. Aportó, sin embargo, una de sus especies más preciadas, que se constituiría en eje de la economía misionera durante décadas: la yerba mate. Primero salvaje, después domesticada, la yerba alentó expediciones, fue excusa para explotar a las peonadas bajo el látigo infernal de los *capangas* y para enriquecer a traficantes. "Oro verde", se la llamó, aunque después el calificativo se aplicó a otros vegetales que se introdujeron para compensar la declinación de la economía yerbatera: té, tung, esencias, cítricos. El agro de Misiones se caracteriza por incorporar periódicamente nuevos cultivos, pero necesita también complementarse con una industria que transforme los productos en su lugar de origen. Esta es desde hace tiempo una prioritaria preocupación misionera, pues la provincia tiene condiciones potenciales para convertirse en uno de los focos productivos más dinámicos del país: celulosa, papel de diario, acero, aluminio, hidroelectricidad son algunas de las palabras que desvelan a los misioneros, dueños de un territorio inmensamente rico donde la miseria que aflige a algunos habitantes constituye un índice elocuente de que es mucho lo que resta por hacer.

TIERRA GUARANI

El investigador Osvaldo Menghin denominó "altoparanaense" a un pueblo que presumiblemente estuvo asentado en el litoral oeste de Misiones hace unos 6000 años. De la teoría, basada en restos hallados cerca de Eldorado, se desprende que el hombre habitó la región aun antes de que se desarrollara la selva misionera, relativamente reciente, pero como ni el suelo ni el clima favorecieron la conservación de vestigios prehistóricos, el remoto pasado de



La exuberancia de la selva va siendo desalojada gradualmente por el prolijo trazado de los cultivos.

esos grupos humanos está todavía por conocerse. Los primeros testimonios concretos sobre los naturales se deben a los conquistadores, que a su arribo encontraron varias parcialidades indígenas: cerca del río Uruguay moraban los guayanás, la región nordeste era dominio de los cainguás, pero esos grupos y otros menores tenían puntos de contacto —a menudo nada amistosos— con los guaraníes, que predominaban numérica y culturalmente, y fueron, durante la Conquista y después, protagonistas de primera línea en todos los sucesos que agitaron la región.

Macizos, de estatura baja y rostro redondo donde brillaban dos ojos pequeños y expresivos, los guaraníes no eran simples recolectores. Eran, desde luego, excelentes cazadores y pescadores, pero su principal fuente de alimentos fue la agricultura; desbrozaban la maleza prolijamente hasta dejar libre el terreno y en él cultivaban mandioca, zapallo, batata y maíz. "Como consecuencia de su sedentarismo, poseían viviendas estables. En general se trataba de grandes casas comunales, hechas de troncos y hojas, que habitaban varias familias emparentadas" —sostiene Salvador Canals Frau, que añade:— "En las inmediaciones de los ríos Paraguay y Paraná parece haber predominado la choza de sección redonda, más pequeña, con paredes de barro y paja".

Arcos, flechas y macanas eran el arsenal básico para la caza y la guerra, ocupaciones exclusivas de los varones; las mujeres, en cambio, se dedicaban a la siembra, plantación, cuidado y cosecha de los cultivos. Hilar algodón y fabricar prendas en un sencillo telar vertical fueron después menesteres femeninos, y lo mismo ocurría con la alfarería de utensilios domésticos.

Los guaraníes, de cultura superior a la de otros pueblos vecinos, no se ajustaban en realidad a las descripciones que de ellos hicieron muchos cronistas propensos a la exageración. Hubo, por ejemplo, quienes les adjudicaron como rasgo cotidiano una antropofagia que sólo practicaban con fines rituales (como los aztecas) en época remotísima, y otros —imbuidos de la óptica racista y despreciativa del invasor europeo— los calificaron duramente aun reconociendo su importancia en esta parte del continente. Sebastián Gaboto, en la célebre *Relación* que hizo al rey de España sobre sus viajes, manifiesta que "la más principal generación de indios de aquellas tierras son los Guaraníes, gente guerrera, traidora y soberbia, y que llaman esclavos a todos los que no son de su lengua, con los cuales siempre andaban en guerra..." El cronista de Gaboto, Herrera, contaba sin embargo que, gracias a la paz pactada entre el navegante y los guaraníes, Gaboto pudo construir el fuerte Sancti Spiritus y "...supo muchos secretos de la tierra, y hubo de ellos oro, y plata, de la que traían del Perú..."

LA CIVILIZACION DE LA SELVA

Nadie conoció mejor a los antiguos pobladores de Misiones que los misioneros jesuitas, cuya actividad en la región dio origen a un gran emporio, una verdadera "civilización de la selva" que tuvo rasgos de epopeya y, a la larga, legó su nombre a la provincia. Expresamente autorizados por la corona hispana,

los primeros jesuitas llegaron a Sudamérica a fines del siglo XVI y comienzos del XVII con la misión de catequizar a los indígenas y reunirlos en "reducciones" o "doctrinas". Los esfuerzos más exitosos se desplegaron en la región del Guayrá —actual Brasil—, que por entonces era territorio español; allí fundaron los padres trece pueblos que en corto tiempo alcanzaron notable desarrollo pero tuvieron un final trágico: los portugueses, que organizaban cacerías de indios para reducirlos a la esclavitud, arrasaron los poblados, matando o capturando a sus habitantes.

Este fracaso, sin embargo, marcó el comienzo de una segunda etapa, más brillante. Los jesuitas se trasladaron más al sur y reanudaron su obra en una amplia región nucleada en torno del actual territorio misionero. Así, en el transcurso de siglo y medio florecieron 33 poblados bajo la conducción de la Compañía de Jesús: diez en Misiones, cinco en Corrientes, once en Paraguay y siete en el actual territorio brasileño. Más de cien mil guaraníes poblaban esas reducciones, que constituyeron una estructura social, cultural, religiosa y política de gran magnitud.

Concebidos para una existencia consagrada a Dios, todos los pueblos tenían una distribución similar, con una gran plaza en el centro, a cuyos flancos se levantaba la iglesia —el edificio más importante—, el Cabildo, oficinas públicas y las casas de los indios. El templo era el eje de la vida social y en él se concentraba toda la pompa de la religión, ya que el lujo personal estaba prohibido y la vida era sumamente austera. Vastos algodonales y yerbales, exuberantes huertos y quintas apuntalaban, junto con la ganadería, la prosperidad de las misiones, donde también se desarrollaba una industria incipiente: construcción de carretas y canoas, torrefacción de yerba, curtido de cueros, carpintería y herrería. El gobierno de cada pueblo era un modelo de la habilidad y realismo que desplegaron los jesuitas. La actividad económica, social, espiritual y militar de cada reducción estaba a cargo del cura y el *compañero*, los dos religiosos que vivían en la localidad. No eran las únicas autoridades: cada misión llegó a tener Cabildo, con sus corregidores, alguaciles, fiscales y demás personajes de la burocracia colonial. Tales cargos eran desempeñados siempre por indios, aunque las resoluciones importantes quedaban en manos de los Padres, que siempre cuidaron de ganarse la buena voluntad de los caciques, autoridad natural de los aborígenes y pieza vital de la estructura de poder.

EL OCASO DE UN EMPORIO

Siempre en guardia contra los ataques de los *mamelucos* y otros enemigos, cada poblado jesuítico tenía una fábrica de pólvora, un nutrido arsenal y tropas bien entrenadas. Los soldados de las reducciones figuraban entre los más aguerridos del Virreinato, a tal punto que los gobernadores españoles más de una vez requirieron sus servicios cuando Buenos Aires temió ataques de piratas o corsarios. Guaycurúes, charrúas y otros indígenas enemigos fueron frecuentes víctimas de la organización militar jesuítica.

A mediados del siglo XVIII, cuando España y Portugal firmaron el llamado Tratado de Permuta, tocó a los blancos enfrentar a las fuerzas guaraníes. El pacto establecía que, en compensación por la Colonia del Sacramento (cedida a los españoles), pasaba a manos portuguesas el territorio comprendido entre los ríos Uruguay e Ibicuy. Entre ambos cursos había siete pueblos jesuíticos que debían ser abandonados, y sus habitantes indígenas se sublevaron contra el tratado e iniciaron una enconada guerra que no finalizó hasta 1756, cuando el jefe militar guaraní Nicolás Languirú fue derrotado y muerto en la batalla de Caybaté. Tres años después Carlos III anuló el tratado, pero ya los siete pueblos habían sido destruidos. El prolongado conflicto puso en evidencia el poder militar y económico de las reducciones, y los jesuitas —acusados de promover el alzamiento— comenzaron a ser mirados con recelo, hasta que en 1767 la Corona decretó su expulsión.

La ineptitud demostrada por las autoridades que sucedieron a la Compañía de Jesús en el gobierno de la región no tardó en favorecer la disgregación económica y social de los pueblos misioneros, cuya población en sólo treinta años quedó reducida a la mitad. En 1801, al declararse la guerra entre España y Portugal, el gobernador de Río Grande del Sur atacó las posesiones españolas de la Banda Oriental. Firmada la paz, los siete pueblos que otrora se sublevaran contra el Tratado de Permuta quedaron definitivamente en manos lusitanas, no sin haber soportado nuevos y rudos combates. Cuando se produjo la Re-









Bajo el reinado de Fernando VI (1) España firmó con Portugal el Tratado de Permuta, origen de un prolongado conflicto que enfrentó a los indios de las reducciones jesuíticas con fuerzas de las dos naciones. Tiempo después la Corona expulsó a la Compañía de Jesús de todas sus posesiones, marcando así el fin de una epopeya iniciada varios siglos atrás: la colonización jesuítica, que se desarrolló pese a los ataques de los bandeirantes paulistas, empeñados en realizar cacerías de indios para reducirlos a la esclavitud (2). En Misiones, ruinas como las de San Ignacio (3), Santa Ana (4) y otros lugares atestiguan hoy la dimensión colosal que alcanzó ese intento en la región.



volución de Mayo, muchos guaraníes vivían errantes, reconociendo como única autoridad al cacique que los acaudillaba; sin embargo, no pocos engrosaron las fuerzas de Belgrano, que en diciembre de 1810 cruzaron el Paraná en Candelaria para sumar al Paraguay a las filas de la Revolución.

RUINAS, OLVIDO

Años más tarde, cumpliendo instrucciones de José Gervasio de Artigas, su lugarteniente el indio Andrés Guacurarí formó un pequeño ejército de guaraníes y tomó y perdió en sucesivas batallas encarnizadas varios pueblos de origen jesuítico que estaban en poder del Paraguay y del Brasil. Las represalias del jefe de las armas portuguesas, Francisco de Chagas, fueron devastadoras: invadió a su vez territorio argentino saqueando las poblaciones vecinas al río Uruguay e incendiándolas después. Gaspar Francia, gobernante del Paraguay, ordenó por su parte el saqueo y destrucción de los pueblos situados sobre el Paraná.

Tras las batallas y los incendios, la selva se encargó de completar la obra destructora de los hombres sepultando bajo su densa maraña los pueblos antaño progresistas. De las misiones sólo quedaron las famosas ruinas y el nombre de la región, que fue gradualmente absorbida por la vecina Corrientes hasta quedar incorporada a ésta. Sin embargo, la extensa selva misionera siguió siendo "tierra de nadie" pues, destruidas las reducciones, no sobrevivieron poblaciones importantes ni autoridad alguna. A no ser por dispersos obrajes madereros y campamentos dedicados a explotar yerbales silvestres, el único asentamiento más o menos consolidado era el que hoy ocupa la capital misionera. Como el pequeño pueblo se hallaba frente a la ciudad paraguaya de Encarnación, canalizaba el activo tráfico que mantenían los paraguayos con el Brasil, por lo que Gaspar Rodríguez de Francia decidió fortificarlo con una enorme muralla de piedra. El lugar, conocido desde antiguo como "Puerto de San José", no tardó en ser llamado "Trinchera de San José", y su importancia se multiplicó a partir de 1845, cuando Rosas cerró al Paraguay el tránsito por el Río de la Plata. La "Trinchera de los Paraguayos" —como se la rebautizó— pasó a ser entonces el principal vínculo del Paraguay con el exterior, y durante la guerra de la Triple Alianza fue escenario de rudos combates que culminaron con la derrota de las tropas paraguayas y la reincorporación del lugar a la soberanía argentina. Corrientes dispuso más tarde que fuera asiento de autoridades departamentales y cambió su nombre por el de Posadas, en honor del primer director supremo de las Provincias Unidas.

Sólo en 1881 reapareció Misiones en el mapa argentino como ente geográfico y político separado de Corrientes: el 22 de diciembre de ese año se promulgó la ley de federalización que creó el Territorio Nacional de Misiones, cuya capital se fijó poco después en el pueblo de Corpus. Esta decisión se rectificó en 1884, cuando se le agregó la región de Posadas, que fue designada capital del territorio. Casi siete décadas más tarde, en 1953, una ley promulgada por el Congreso Nacional dispuso la provincialización de Misiones, que adquirió así plena autonomía.





La geografía misionera es pródiga en paisajes de cautivante belleza. Las cascadas (1, salto del Moconá) se multiplican a lo largo y a lo ancho de la provincia merced al gran número de arroyos (2) que discurren por su territorio. Hasta la tierra se une a esa fiesta policroma convirtiendo los caminos en zigzagueantes cintas coloradas (3).

FANTASMAS Y TALISMANES

Fértil como el rojizo y selvático suelo nativo, la imaginación guaraní pobló de criaturas fantásticas la espesura, o las hizo protagonistas de innumerables leyendas. En ese aspecto, el acervo de Misiones es riquísimo, no obstante que en muchos casos las creencias han sido olvidadas o han perdido aceptación debido a la desaparición paulatina de los aborígenes y al aluvión de inmigrantes poco permeables a esas historias. Casi todas son de origen indio, pero, como suele ocurrir en América, incorporaron elementos de la religión católica sin perder por eso la extraordinaria frescura que les insufló la fantasía aborigen.

Juan B. Ambrosetti es quien registró más prolijamente el cúmulo de personajes fantásticos que pueblan la espesura misionera y comparten el reinado de Caá Yarí, la diosa de los yerbales. Es posible que quien frecuente los arroyos para pescar o cazar se enfrente en algún momento con el *u-porá,* fantasma del agua que puede asumir forma humana o animal y protege al río y a sus habitantes castigando a los que hacen depredaciones. En otros rincones de la selva moran espíritus que se transforman en pájaros y molestan con frecuencia a los pobladores introduciéndose en las habitaciones, y también *angüe-mbaís,* desdichadas almas en pena con aficiones nada tranquilizadoras: suelen asustar a los viajeros saliéndoles sorpresivamente al paso desde la espesura. Yanuario, en cambio, es un fantasmón bondadoso que ayuda a encontrar los objetos extraviados o colabora en los rodeos atajando la hacienda, igual que el Negrito del Pastoreo, siempre dispuesto a prestar ayuda a quien le ofrende una vela. Más impulsivo, Caaporá ayuda a los cazadores que le caen simpáticos guiándolos hasta la presa, pero a veces cambia de parecer y ahuyenta la caza o devora los animales abatidos.

Entre los protectores de la fauna, uno de los duendes más populares es el Pombero, al que la creencia imagina ataviado con un gran sombrero de paja y un bastón de caña. Se especializa en cuidar los pájaros, y se dice que recorre la selva a la hora de la siesta y se lleva a los chicos que andan cazándolos. En algunos sitios el Pombero es identificado con el *yasí-yateré,* que también vive en el bosque y rapta a los niños, aunque suele devolverlos indemnes.

LOS TESOROS SOÑADOS

De todos los personajes fantásticos, ninguno es tan temido como el *yaguareté-abá,* un indio viejo que por las noches se transforma en tigre; la creencia en este personaje fue inspirada por el temor que infundía a los indios el yaguareté, verdadero rey de la selva.

Hay muchas otras leyendas, de origen muy distinto, que se refieren a tesoros y riquezas ocultos. Tras la expulsión de los jesuitas se afirmó la creencia de que habían ocultado en la región fortunas fabulosas en oro, plata y joyas. La posibilidad de hallarlas alentó infinidad de excavaciones hechas por aventureros, en algunos casos azuzados por las mismas autoridades. Jamás se encontró nada, pero hubo reducciones que sufrieron graves destrozos debido al febril empeño de los cazadores de tesoros, que difundieron fantasiosos relatos sobre riquezas enterradas en la selva.



Verde y colorado: un contraste que se admira en toda la provincia.

La mayoría de estas antiguas creencias ha caído hoy en el olvido, aunque algunas conservan plena vigencia, como la que convirtió el Cerro del Monje —cerca de San Javier— en meta anual de fervorosas peregrinaciones. Según la leyenda, tras la expulsión de los jesuitas un religioso siguió viviendo en el lugar, donde hizo surgir un manantial apoyando su báculo; a la muerte del monje, ocurrida hacia 1825, el sitio donde se cree descansan sus restos fue convirtiéndose en santuario, a tal punto que cada año atrae a millares de peregrinos en Semana Santa. Claro que el sentimiento religioso del pueblo misionero no sólo se manifiesta en fechas fijas; así lo prueba la antigua costumbre de colocar cruces donde alguien ha sufrido muerte súbita. A la vera de los caminos y picadas que atraviesan la espesura es común encontrar humildes cruces de palo; a veces sus brazos sostienen un trapo blanco: se trata entonces de una *curuzú-yeguá*, y quien por allí transita sin demasiado apuro reza casi siempre una oración por el alma del difunto; son pocos los que pasan delante de una cruz sin dejar alguna ofrenda: flores, velas o simplemente piedras que poco a poco van formando un humilde túmulo funerario.

PEQUEÑA Y SELVATICA

Casi todas las cosas de Misiones, desde la historia hasta las leyendas y creencias, se relacionan directamente con el denso universo de la selva, que llegó a cubrir casi por completo los 29 801 kilómetros cuadrados de la provincia. Esta superficie la coloca entre los más pequeños estados argentinos —sólo Tucumán tiene menor extensión—, mientras que por su situación geográfica cae de lleno en la región subtropical del país. En efecto, marginan su territorio los 25° 23' y 28° 09' de latitud sur, y los 56° 04' y 53° 38' de longitud oeste. Este último meridiano corresponde a la localidad de Bernardo de Irigoyen, el punto más oriental de toda la República. Otra peculiaridad que la provincia debe a su situación geográfica es la de poseer, en relación con su tamaño, la frontera internacional más larga: excede el noventa por ciento de su perímetro, delimitado casi totalmente por cursos de agua; el Uruguay, el Pepirí Guazú, el San Antonio y el Iguazú la separan del Brasil por el este y el norte, y el Paraná marca —por el oeste— el linde preciso con la república del Paraguay. Hacia el sur, la frontera con Corrientes serpentea en buena parte siguiendo el cauce del arroyo Itaembé y el río Chirimay.

Ceñida así por un cinturón fluvial, la geografía misionera despliega varias regiones bien definidas. El sector sur constituye lo que antiguamente se denominaba Bajas Misiones, es decir, una planicie levemente ondulada que en el norte deja sitio a las sierras selváticas. La formación orográfica más importante es la Sierra de Misiones, que a modo de columna vertebral se prolonga hacia el nordeste por más de 180 kilómetros dividiendo las aguas entre el Uruguay y el Paraná, para alcanzar su mayor altitud (835 m) en el cerro Barracón, cerca de Bernardo de Irigoyen. Desde allí el relieve cambia de dirección apuntando decididamente hacia las Cataratas del Iguazú; el brusco viraje lo efectúa la Sierra de la Victoria, cuyos cerros bordean la tercera gran formación misionera, la altiplanicie de San Pedro, que abarca todo el nordeste de la provincia con una altitud media de 700 a 800 metros.

Centenares de cursos de agua dibujan en casi todo el territorio una plateada filigrana que discurre, rumorosa, por entre el verdor de la selva. Casi todos son breves, pues nacen en las elevaciones centrales y mueren en el Paraná o el Uruguay; pero ello no impide que lleven aguas caudalosas debidas a las abundantes lluvias que riegan la provincia, a tal punto generosas que suelen originar arrasadoras crecidas.

Por otra parte, la belleza es inseparable de la geografía misionera; los ríos y arroyos corren siempre cobijados bajo millares de árboles, y en su impulsiva carrera forman varios saltos y cascadas. Tal el caso del San Antonio, el Pepirí Guazú, el Piray Miní y otros cursos que, aunque importantes, palidecen ante la rojiza imponencia del Paraná.

LAS AGUAS Y LAS LLUVIAS

Todo el litoral oeste de Misiones es dominio del Alto Paraná, durante siglos la única vía de acceso a esas regiones. El río corre encajonado entre altas barrancas, saludado por el altivo penacho de los tacuarales que decoran las crestas boscosas. Al compás de las irregularidades de su lecho pedregoso, las aguas forman furiosos torbellinos o acarician los



Una actividad inconfundible del agro misionero es el acarreo de las clásicas "ponchadas" de yerba.

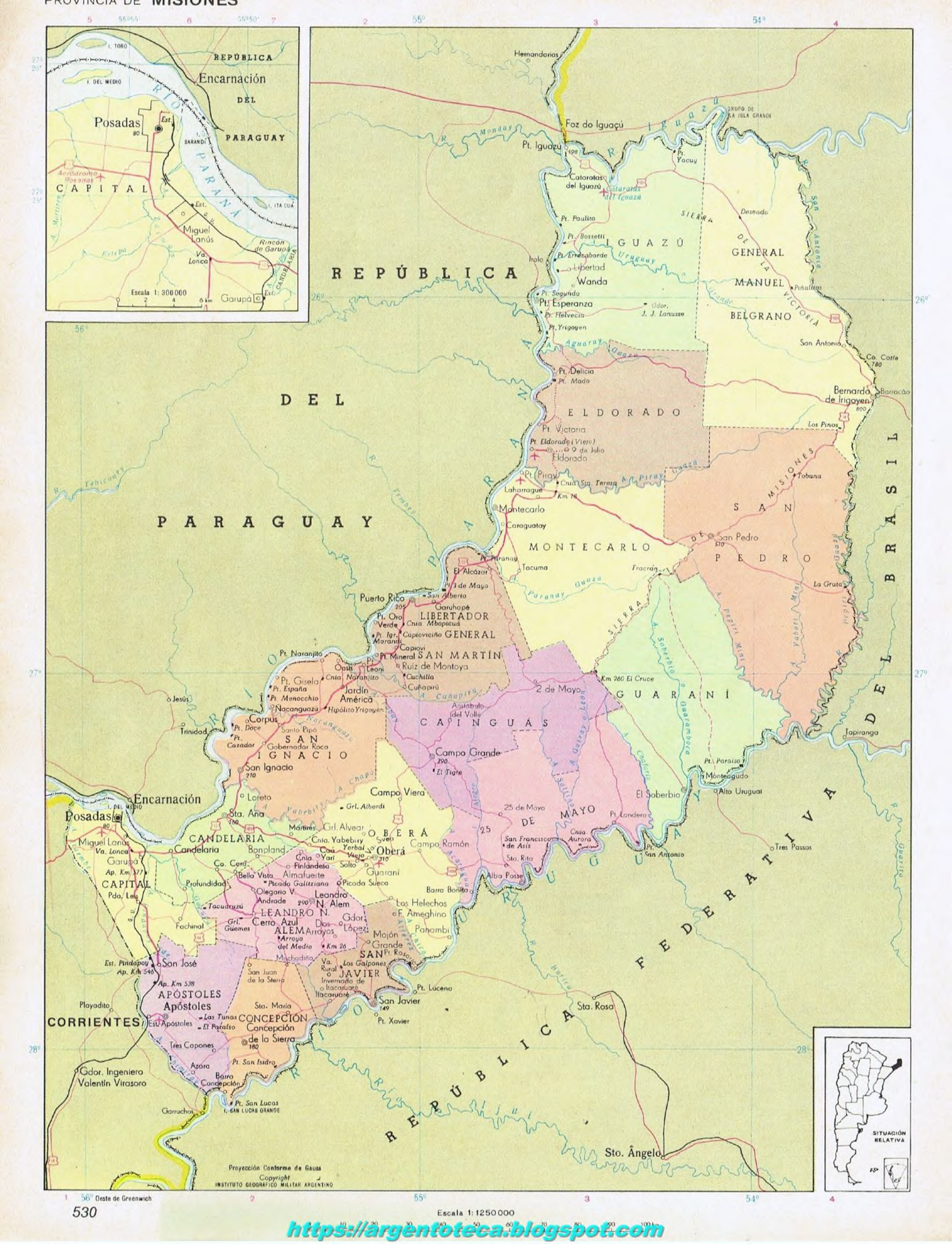
PRODUCCION AGRICOLA

(promedios anuales del quinquenio 1966-1967 a 1970-1971)

Cultivo	Superficie		Producción	
	hectáreas	por ciento nacional	toneladas	por ciento nacional
Alfalfa °	200		360	
Algodón °	2 500	0,6 %	3 020	0,8 %
Ajo °	50		180	
Ananá °	...		1 137	
Arroz °	1 850		3 960	
Banana °	...		4 088	
Batata °	1 170		10 000	
Caña de azúcar	4 690	2,3 %	105 300	0,9 %
Cebolla °	110		1 400	
Cítricos				
Limón	...		3 300	8 %
Mandarina °	...		310	
Naranja	15 300		173 000	22 %
Pomelo °			970	
Citronela °	880		946	
Mandioca	14 037	54 %	200 300	68 %
Maíz	34 600	0,8 %	30 200	0,4 %
Maní °	530		400	
Melón °	161		390	
Menta °	300		1 650	
Papa °	1 160		4 420	
Poroto °	1 490		1 300	
Sandía °	585		3 610	
Soya	12 556	45 %	13 780	43 %
Tabaco	15 960	47 %	13 400	26 %
Té	29 800	90 %	79 100	91 %
Tomate °	85		900	
Tung	52 000	96 %	110 000	98 %
Uva °	290		1 490	
Yerba mate	115 600	91 %	94 000	90 %
Zapallo °	2 049		12 269	

° *Cultivos marginales: campaña agrícola 1969-1970.*

Fuentes: *Ministerio de Agricultura y Ganadería de la Nación. Dirección de Estadística de Misiones.*


REPÚBLICA DEL PARAGUAY
REPÚBLICA FEDERATIVA DEL BRASIL
CORRIENTES
Encarnación
Posadas
CAPITAL
Miguel Lanús
Va. Lonca
Garupá
Rincón de Garupá
CANDELARIA
Escala 1: 300 000
Foz do Iguaçú
Hernandarias
Pt. Iguazú
Cataratas del Iguazú
IGUAZÚ
Pt. Paulito
Pt. Bossetti
Pt. Errecaborde
Libertad
Wanda
Pt. Esperanza
Pt. Segundo
Pt. Helvecia
Pt. Yrigoyen
Gdor. J. J. Lanusse
GENERAL MANUEL BELGRANO
Deseado
Piñalitos
San Antonio
Bernardo de Irigoyen
Los Pinos
ELDORADO
Pt. Delicia
Pt. Mado
Pt. Victoria
Pt. Eldorado (Viejo)
9 de Julio
Eldorado
Pt. Piray
Laharrague
MONTECARLO
Montecarlo
Caraguatay
Tacuma
Fracrán
SAN PEDRO
San Pedro
Tobuna
La Gruta
LIBERTADOR GENERAL SAN MARTÍN
Puerto Rico
El Alcázar
Pt. Paranay
Garuhapé
Capioví
Ruiz de Montoya
Pt. Naranjito
Pt. Gisela
Jardín América
Hipólito Yrigoyen
Corpus
SAN IGNACIO
San Ignacio
Gobernador Roca
Santo Pipó
Jesús
Trinidad
Loreto
Sta. Ana
Candelaria
CAINGUAS
Campo Grande
El Tigre
2 de Mayo
Km 260 El Cruce
GUARANÍ
El Soberbio
Alto Uruguai
Tapiranga
25 DE MAYO
25 de Mayo
Pt. Londero
San Francisco de Asís
Alba Posse
Campo Viera
OBERÁ
Oberá
Campo Ramón
Guaraní
Grl. Alvear
Bonpland
Mártires
Profundidad
LEANDRO N. ALEM
Leandro N. Alem
Cerro Azul
Dos Arroyos
Gdor. López
Los Helechos
F. Ameghino
Panambí
Mojón Grande
SAN JAVIER
San Javier
Pt. Luceno
Pt. Xavier
Itacaruaré
APÓSTOLES
Apóstoles
San José
CONCEPCIÓN
Concepción de la Sierra
Azara
Tres Capones
Pt. San Isidro
Pt. San Lucas
Garruchos
Playadito
Gdor. Ingeniero Valentín Virasoro
Sta. Rosa
Sto. Ângelo
Tres Passos
RÍO PARANÁ
RÍO URUGUAY
Río Iguazú
SIERRA DE MISIONES
Proyección Conforme de Gauss
Copyright
INSTITUTO GEOGRÁFICO MILITAR ARGENTINO
SITUACIÓN RELATIVA
56° Oeste de Greenwich
Escala 1: 1250000

DATOS ESTADISTICOS

Superficie: 29 801 km²

Límites:
Norte: Brasil; Sur: Brasil; Este: Brasil;
Oeste: Paraguay y Corrientes

Clima: Subtropical sin estación seca
Temperatura media anual (Capital): 21,5° C
Precipitación anual media: 1700 mm de lluvia

Población: 443 020 habitantes (Censo Nacional de 1970)
Densidad media: 14,8 hab./km²
Población urbana: 32 % (aprox.)
Población rural: 68 % (aprox.)

Nivel de escolaridad
Analfabetismo: 9,4 % (Cámara Nacional Electoral, 1972)
Alumnos matriculados en la provincia: (1971): 125 687

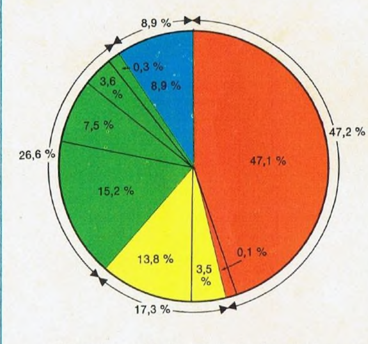
Enseñanza preprimaria:	1 575 alumnos
Enseñanza primaria:	107 397 alumnos
Enseñanza media:	12 644 alumnos
Enseñanza superior:	1 608 alumnos
Universitaria:	276 alumnos
Extrauniversitaria:	1 332 alumnos
Enseñanza parasistemática:	2 463 alumnos

Caminos

Red troncal nacional:	999 km
Red primaria provincial:	1162 km
Red de fomento agrícola:	971 km
Vías férreas:	78 km

	Por ciento del total nacional
Energía eléctrica (en centrales de servicio público, 1970)	
Potencia instalada: 23 293 KW	0,6
Energía generada: 52,79 millones de KWh	0,3
Consumo anual *per capita:* 103 KWh	17,5
Existencias de ganado (1969), en millares de cabezas	
Vacunos: 133,8	0,3
Ovinos: 5,1	—
Porcinos: 42,9	1,1
Avícola: 298,5	0,6
Parque automotor (1970): 25 869 vehículos	1,2
16 017 automóviles	1,1
4 622 camiones	0,6
Teléfonos instalados (ENTel, 1971): 5 572 líneas	
7 169 aparatos	
Agricultura	
Superficie de cultivos para cosecha: 285 228 5 ha	1,6
Anuales: 62 532 7 ha	0,4
Perennes: 222 695 8 ha	10,2
Cantidad de explotaciones: 29 602	5,4
Personal ocupado: 88 948 personas	5,8
Población que vive en las explotaciones: 143 304 personas	4,9
Superficie total de las explotaciones: 1 964 491 ha	1.0

ESTRUCTURA OCUPACIONAL



Personal ocupado en actividades del sector

Sector	Actividad	%
PRIMARIO	Agricultura, silvicultura, caza y pesca	47,1 %
	Minas y canteras	0,1 %
SECUNDARIO	Industria manufacturera	13,8 %
	Construcción	3,5 %
TERCIARIO	Electricidad, gas, agua y servicios sanitarios	0,3 %
	Transporte y comunicaciones	3,6 %
	Comercio	7,5 %
	Otros servicios	15,2 %
OTRAS ACTIVIDADES		8,9 %

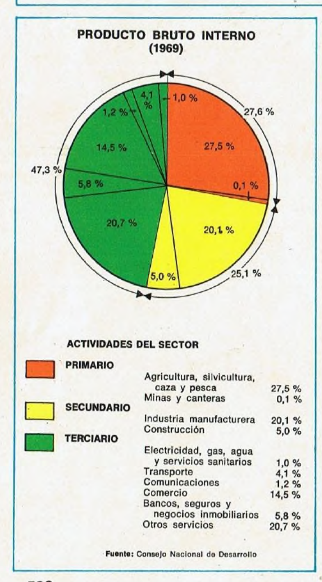
Fuente: Censo Nacional de 1960

POBLACION POR DEPARTAMENTOS
(1970)

Departamento	Población	Por ciento del total de la provincia
1. Apóstoles	18 323	4,1
2. Cainguás	35 282	7,9
3. Candelaria	10 498	2,4
4. Capital	104 091	23,5
5. Concepción	7 397	1,7
6. Eldorado	30 683	6,9
7. General Manuel Belgrano	7 455	1,7
8. Guaraní	14 402	3,3
9. Iguazú	17 093	3,9
10. Leandro N. Alem	27 583	6,2
11. Libertador General San Martín	23 100	5,2
12. Montecarlo	19 829	4,5
13. Oberá	58 033	13,1
14. San Ignacio	29 027	6,6
15. San Javier	14 704	3,3
16. San Pedro	8 646	1,9
17. 25 de Mayo	16 874	3,8
Totales	443 020	100,0
Por ciento sobre el total del país:		1,9

PRODUCCION INDUSTRIAL

Actividad	Cantidad de establecimientos	Personal ocupado	Por ciento del valor de la producción
Alimentos y bebidas	530	4 668	51,7
Tabaco	17	725	11,1
Calzado e indumentaria	44	157	0,4
Madera y corcho excluida la fabricación de muebles	517	3 706	16,8
Muebles y accesorios	104	234	0,6
Papel y productos de papel	2	—	—
Imprentas y editoriales	21	131	1,0
Industrias de: cuero	15	69	0,5
Fabricación de productos de caucho	21	86	0,4
Fabricación de sustancias y productos químicos	112	486	0,5
Fabricación de productos minerales no metálicos excepto los derivados de petróleo y carbón	160	722	1,0
Fabricación de productos metálicos excepto maquinaria y equipos de transporte	57	181	3,0
Construcción de maquinara excluida la eléctrica	49	139	0,5
Construcción de maquinaria, aparatos, accesorios y artículos eléctricos	38	65	0,3
Construcción de material de transporte	321	891	4,6
Industrias diversas	18	468	7,6
Totales:	2 026	12 728	100,0





islotes rocosos que surgen como espolones desde las profundidades y forman a veces peligrosas correderas; la niebla suele cubrir el río con un espeso manto gris que dificulta la navegación y desdibuja hombres y cosas. En esas condiciones recibe el Paraná a su principal afluente de la región: el Iguazú, que viene de precipitarse entre nubes de espuma por las Cataratas y vuelca su caudal verdoso en el oscuro cauce paranaense. Cuando el Paraná está crecido actúa como dique de contención para las aguas del Iguazú, que desbordan entonces en crecidas súbitas e impresionantes. Ilustran la magnitud del fenómeno las instalaciones de Puerto Iguazú: para hacer frente a esas bruscas variaciones hubo que construir siete niveles diferentes, con más de veinte metros de diferencia entre el más bajo y el más alto.

Menos impulsivo, el Alto Uruguay baña el flanco oriental de la provincia recogiendo el aporte de los arroyos que riegan el este misionero, algunos de considerable magnitud. Entre los más importantes figuran los arroyos Acaraguá, Saltiño, Soberbio, Paraíso y Pepirí Miní, que unen sus aguas a las que bajan por el Uruguay desde la altiplanicie brasileña. Al igual que el Paraná, también tiene algunos islotes, y cuando se producen las bajantes, aparecen en toda su extensión diversos rápidos, caídas o *cachueras* que demuestran el afán del río por ahondar su cauce.

Obviamente, la extraordinaria vitalidad de los ríos misioneros se debe a que la provincia recibe anualmente un promedio de 1700 mm de lluvia, por lo que figura entre las regiones mejor regadas del país. Sin embargo, esto no significa que el cielo misionero esté siempre amenazando tormenta: las lluvias son breves y torrenciales, de modo que el sol brilla la mayor parte del tiempo determinando temperaturas elevadas con mucha humedad. A su vez, la altitud del territorio, los bosques y los vientos contribuyen a atemperar los sofocantes calores que por su vecindad con el trópico le correspondería sufrir a la provincia. Así es como el clima misionero —caluroso para los oriundos de latitudes más sureñas— resulta bastante agradable para residentes y turistas. Los expertos lo consideran "subtropical sin estación seca", es decir, con temperaturas altas y precipitaciones abundantes durante todo el año; las más copiosas se registran en el nor-



Hija del subtrópico, la selva cobija cientos de especies vegetales.

EL PAIS DE LA SELVA

La selva misionera, llamada "monte" por los pobladores, atrajo siempre la atención de botánicos y naturalistas por el extraordinario número de especies que contiene. En general predominan los árboles medianos y grandes; aquí y allá aparecen palmeras, los hongos dibujan extrañas figuras sobre las moles putrefactas de los árboles abatidos por las tormentas, y helechos de todo tipo y tamaño crecen en los rincones húmedos. Con ese verdor eterno contrasta a veces el rojo sangre de un ananá silvestre en maduración, o asoman las flores rosadas o grises de los caraguatás, admirables epifitas que brotan como un manantial de hojas en lo alto de los troncos. Hacia la primavera, las altísimas copas de los lapachos se tiñen de rosa y la espesura parece sangrar; lianas y enredaderas se cubren de tonos amarillos o azules que se suman al rojo del ceibo, mientras millares de orquidáceas forman jardines colgantes sobre los troncos.

La mayoría de los ejemplares más grandes proporciona distintos tipos de maderas aptas para carpintería y otros usos, como la araucaria o pino paraná, que crece con preferencia en las faldas de los cerros, los lapachos —negro y amarillo—, el cedro, el urunday, el timbó, el peteribí, el anchicó, el guatambú, el ibirá pitá, el guaviyú, el casi extinguido palo rosa y muchas otras especies. En la confusa aglomeración vegetal también se entrelazan el aguaí, el ubajay, el araticú, el guavirá, los gigantescos ibapois o higueras bravas, y algunos mamones y palmas bananeras: casi todos ellos dan sabrosos frutos silvestres.

Buena parte de la exuberancia selvática se debe a las trepadoras, que crecen anudándose entre sí y confundiéndose con ramas y raíces aéreas. Otras lianas son finas y resistentes como cordeles, y algunas están erizadas de espinas. En la región serrana es común hallar densas formaciones de tacuapí, vegetal de cañas huecas y frágiles muy utilizado para fabricar canastos y techar viviendas. El tacuaruzú o yatevó, planta parecida al bambú, erizada de rígidas púas y que forma barreras infranqueables, se usa para construir las paredes de los ranchos, mientras que la tacuara —que crece profusamente en las barrancas del Alto Paraná— es usada para construir cercas, muebles, canaletas, escaleras. . ., pero su utilización más espectacular estuvo a cargo de las formaciones militares de las misiones jesuíticas, que forraban con cuero los gruesos tallos y los utilizaban como cañones.

deste, donde el invierno suele deparar el insólito espectáculo de la caída de copos de nieve sobre el verde lujurioso de la selva. El fenómeno —poco conocido— se atribuye a la elevada altitud media de esas comarcas, que determina bruscos descensos de la temperatura, especialmente por la noche. Algo similar sucede en casi toda la provincia: durante el día el termómetro suele superar —en verano— los 40° C, pero el crepúsculo trae siempre un refrescante descenso térmico que a menudo obliga a abrigarse. Los vientos, por su parte, no son muy frecuentes ni violentos, aunque a veces alcanzan intensidad y características de tornado, causando destrozos y dejando en la selva un rastro de ramas rotas y troncos derribados. Por fortuna, tales meteoros no son muy comunes; más frecuentes son las tormentas eléctricas, que suelen ser espectaculares: truenos y relámpagos se suceden sin parar, a veces durante más de media hora, entre la masa de nubarrones sacudida por el incesante tronar.

LA VERDE INMENSIDAD

No es raro entonces que los gigantes del bosque sucumban bajo la descarga fulminante de los rayos, responsables de furiosos incendios que pronto son extinguidos por la misma humedad del ambiente. Es un percance más de los tantos que agitan la selva. Amiga para quien la conoce y obstáculo formidable para el extraño, el bosque misionero pertenece, fitogeográficamente, a la misma formación que cubre el sur del Brasil y casi todo el Paraguay: una selva subtropical, enmarañada y densa, imposible de atravesar sin recurrir al hacha y al machete, pero muy distinta de la húmeda jungla pantanosa de los trópicos.

Dentro de la verde maraña las especies vegetales tratan de alcanzar la luz del sol mediante una lucha silenciosa pero encarnizada. Los colosos del bosque crecen desmesuradamente buscando el cielo, y las trepadoras aprovechan para asirse de ellos y tender sus tallos hacia arriba revistiéndolos de verde ropaje; lianas y raíces aéreas se entrelazan también con otras especies contribuyendo a formar una inextricable espesura de ramas y tallos que sólo cede ante el mandoble filoso del machete. Sin embargo, se distinguen en la selva varios estratos o niveles vegetales; el superior, con árboles que alcanzan treinta a cuarenta metros de altura, y tres o cua-



1

EL ULTIMO REFUGIO DE LOS TIGRES

Son pocas las provincias que poseen una fauna autóctona tan rica y variada como Misiones. La selva, extraordinario refugio natural, cobija muchísimos animales que en otros puntos del país han sido extinguidos por las persecuciones o cuyo número ha disminuido sensiblemente por la alteración del medio natural. Por supuesto, la provincia no ha escapado del todo a ese proceso general, pero la existencia de vastas extensiones semivírgenes asegura la supervivencia de especies como el yaguareté —denominado "tigre" por los misioneros—, cuyos últimos reductos se hallan en la provincia. Otros mamíferos carnívoros son el puma, el yaguarundí, el ocelote, el gato irará, la tirica y el mbaracayá, todos ellos felinos; también el hurón y el aguará guazú (o lobo del monte) integran la lista de los carnívoros. Por su parte, antas, corzuelas y pecaríes son los principales herbívoros, aunque los más curiosos por su régimen de alimentación son el yurumí u oso hormiguero y el caaguaré, plantígrado que engulle con fruición abejas y panales. Entre los roedores se cuentan el agutí, la paca, el apereá, tatúes, puercoespines, y gran variedad de ratones. De hábitos arborícolas son la comadreja o mbicuré, el coatí y las dos especies de monos que habitan la selva misionera: el carayá o mono aullador y el simpático caí, pequeño acróbata selvático popularizado por organilleros y mercachifles. Las inmediaciones de los cursos de agua, en cambio, son el *habitat* de nutrias, carpinchos y lobitos de río, aunque también es frecuente la presencia del aguará popé u osito lavador. Entre los reptiles figuran el yacaré, diversos lagartos, culebras, boas (lampalagua, ñacaniná y curiyú) y las peligrosas víboras de coral, serpientes de cascabel y yararás.

La lista de aves abarca más de 40 especies, desde guacamayos de estridente colorido hasta urutaúes de hábitos nocturnales y lúgubre canto, además de cotorras, distintas clases de palomas, lechuzas, patos, cigüeñas, pavas de monte o yacutingas y, en el sur del territorio, perdices y charatas. También alados, pero sin relación con el mundo de los pájaros, son los murciélagos, víctimas frecuentes de la injustificada aversión que suelen despertar en la gente: contrariamente a difundidas creencias, se trata de pequeños mamíferos que devoran insectos y alimañas. El único merecedor de la implacable persecución de que son objeto es el llamado vampiro mordedor, murciélago hematófago cuya mordedura puede transmitir la rabia paresiante.





2



3



4



5

Nutrias y lobitos de río (1) abundan en los cursos de agua misioneros. Son en el ámbito acuático representantes principales de la riquísima fauna provincial, que posee ejemplares de notable belleza (2, tucán) y otros que han inspirado arraigadas creencias y supersticiones, como el caburé (3). Los reptiles son también numerosos, e incluyen a serpientes de gran peligrosidad (4, yarará). Más inofensivas, las mariposas misioneras deparan espectáculos de sorprendente belleza, como cuando se agrupan a la vera de ríos y arroyos para sorber la humedad del terreno en nutridos enjambres (5).

tro "peldaños" intermedios correspondientes a especies que crecen a la sombra de los gigantes: ejemplares jóvenes, helechos y arbustos de diferente tamaño.

Esa colosal aglomeración de vegetales elegantes y extraños sorprende por su riqueza: los botánicos han llegado a comprobar la presencia de más de sesenta especies diferentes en una sola hectárea de extensión. Muchas tienen gran valor comercial, por lo que el monte misionero es una de las formaciones forestales más importantes del país, a pesar de que las especies maderables son explotadas desde hace más de un siglo y extensas regiones han sufrido un notorio empobrecimiento vegetal. La multiplicación de cultivos y plantaciones, además, se realiza siempre a expensas de la maraña, lo que también contribuye a reducir la superficie selvática. Hasta hace unos años, el 80 por ciento del territorio provincial estaba cubierto por la salvaje exuberancia del monte, pero el prolijo trazado de los cultivos y las forestaciones va cambiando poco a poco la fisonomía de vastas zonas.

Los primeros, tímidos pasos de esa paulatina transformación se dieron durante la última década del siglo pasado y los comienzos del actual, cuando los antiguos dominios guaraníes se conmovieron con la llegada de inmigrantes de todas las nacionalidades. Hasta ese entonces el territorio misionero era prácticamente virgen, con un solo núcleo de población importante —Posadas— y el resto de los habitantes diseminados en inaccesibles obrajes y yerbatales. La mayoría de los inmigrantes era europea: polacos, checoslovacos, rusos, suecos, franceses, alemanes, suizos, dinamarqueses, finlandeses, turcos, entre otros: hombres de 27 países afluyeron a la nueva tierra prometida, entusiasmados por las generosas promesas oficiales y la promoción que realizaban algunas compañías de colonización privadas. Los primeros asentamientos se realizaron aprovechando las antiguas construcciones jesuíticas. Más tarde los gringos se le fueron atreviendo a la selva, talando, desmontando la espesura hasta hacer surgir poblados de nombres sugestivos: Puerto Rico, Puerto Esperanza, Eldorado, Oro Verde, Puerto Edén, Puerto Delicia y muchos otros. La historia de cada uno es diferente, pero todas tienen ribetes parecidos; se trató, casi siempre, de una lucha titánica contra ese medio salvaje que puso mil obstáculos y tendió mil celadas antes de caer derrotado bajo las hachas vigorosas manejadas por sufridos peones criollos y paraguayos.

EL INDIO, PRESENCIA LINGÜISTICA

La afluencia de inmigrantes modificó por completo el panorama demográfico misionero. En 1914 el 40 por ciento de los 53 000 habitantes era de origen extranjero, y sus descendientes representan hoy buena parte de los 443 020 pobladores que tenía la provincia según el censo de 1970. Esta cifra arroja un promedio de casi 15 habitantes por kilómetro cuadrado, densidad que aumenta notoriamente en las localidades que bordean la ruta del Paraná y en la zona de influencia de Apóstoles, Oberá, Leandro N. Alem y Campo Grande, en el centro-sur de la provincia. En las zonas rurales vive una numerosa población —aproximadamente el 68 por ciento—, aunque en los últimos años se ha acentuado la migración a las ciudades. La más populosa es Posadas, con 96 000 habitantes; la siguen Oberá (con 15 000), Eldorado (11 700), Leandro N. Alem (7300) y Apóstoles (6600), escoltadas a su vez por una decena de poblaciones de 2000 a 4000 habitantes.

Por las características que asumió el poblamiento, en Misiones es común encontrar hasta en las aldeas más apartadas personas de cabellos rubios y ojos azules, o adolescentes que dominan igualmente el español y el idioma de sus mayores, además de estar familiarizados con el guaraní. La vigencia de esta lengua es el indicio que delata con mayor frecuencia la identidad de los antiguos señores de esas tierras, ya que su presencia física es poco menos que inexistente. Paupérrimos, acorralados por la miseria más absoluta, hoy sobreviven en Misiones unos 3000 guaraníes. Una amarga experiencia amasada con injusticias y persecuciones los ha hecho reacios al contacto con los blancos. Algunos grupos viven en plena selva trasladándose casi permanentemente en busca de frutos, caza y pesca; cuando la encuentran en abundancia, arman sus chozas de caña y hoja de palma, y si el lugar es apropiado hasta es posible que cultiven un poco de mandioca; en cambio, si el sitio es descubierto por los blancos y la presencia de curiosos se hace frecuente, al poco tiempo la tribu se pierde en la espesura, en busca de


1


3



2

La raza guaraní, otrora dueña absoluta del territorio misionero, está representada hoy por reducidos grupos que llevan una existencia errante en los sectores más apartados de la selva. Otros —los menos— integran asentamientos como el de Taranco, donde varias familias aborígenes (1) se dedican a la agricultura y a actividades artesanales con el apoyo de entidades oficiales y privadas. De todos modos, mucho más numerosa es la población criolla, cuyos hijos fraternizan sin reservas con los descendientes de los inmigrantes cuya presencia ha hecho de Misiones un verdadero mosaico de razas (2 y 3).



1

parajes más tranquilos. A veces la carencia absoluta de alimentos indispensables los impulsa a conchabarse como peones en algún obraje, circunstancia que algunos inescrupulosos aprovechan para explotarlos con jornales miserables, el pago de su trabajo en especie con unos pocos alimentos, o con ardides de calaña similar. No hace mucho, el cacique Damián Acosta, uno de los 35 jefes guaraníes subordinados al cacique general Atanasio Duarte, manifestó a un periodista, refiriéndose a la opinión despectiva que muchos tienen del indio: "Ellos nos llaman ladrones, haraganes y sucios. Pero nos venden semillas que no germinan, nos pagan mal, no hacen nada por ayudar a mis hermanos que se mueren de hambre".

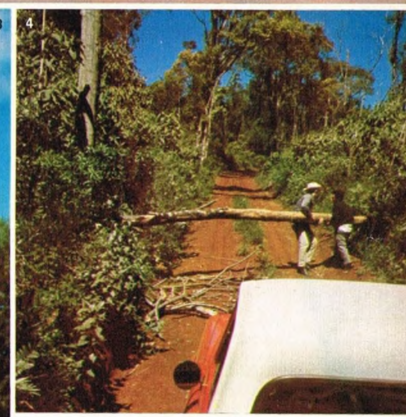
Si a esto se añade la falta de una acción amplia y planificada tendiente a integrar al aborigen en la sociedad actual, se explica sobradamente la actitud hosca de los guaraníes hacia quienes procuran acercárseles. Por ahora al menos, los intentos de familiarizarlos con nuevas pautas de vida y alejarlos paulatinamente de la miseria en que se debaten dependen más que nada de la buena voluntad de algunos particulares. El empuje de varias entidades —el grupo ALTER de Posadas, por ejemplo— ha logrado en algunos casos despertar el apoyo oficial, como ocurre con las comunidades aborígenes de Taranco y 25 de Mayo, donde algunas familias guaraníes se dedican a la manufactura artesanal, a cultivar la tierra y criar animales.

ESTOS CAMINOS, AQUELLAS PICADAS

Hasta no hace mucho tiempo cada temporal provocaba en toda Misiones una especie de letargo que podía prolongarse días y aun semanas, retrotrayendo la provincia a los tiempos heroicos en que el Paraná y el Uruguay constituían su único vínculo con el resto del mundo. Los caminos, convertidos en verdaderas trampas de barro, se hacían infranqueables para camiones, colectivos y automóviles, e imponían una forzosa paralización del tránsito. En realidad, tal situación subsiste en amplias regiones, pero se va modificando a medida que el asfalto tapiza las carreteras. Se ha hecho mucho, pero muchísimo es también lo que resta por hacer, ya que los caminos tienen en Misiones una importancia notoriamente superior a la del ferrocarril, representado tan sólo por 78 km de vías tendidas entre Posadas y la frontera con Corrientes. El transporte fluvial, decisivo en el pasado, aseguraba el tráfico de cargas y pasajeros con el resto del país. Se explica así la abundancia de puertos sobre los grandes ríos: de Posadas al norte se escalonan casi cuarenta, y sobre el Uruguay más de una docena. Todos surgieron para facilitar la salida de la producción a las poblaciones que se iban formando en las cercanías, y la paulatina apertura de caminos fue haciendo disminuir su importancia. Actualmente el más activo es el de la capital, ya que los rápidos de Apipé, más al sur, dificultan el paso de los barcos y lo convierten en "terminal fluvial" de la región. Sin embargo, también el puerto posadeño ve mermar poco a poco la tradicional afluencia de barcazas cargadas de frutas y demás productos del Alto Paraná, especialmente desde que el pavimento cubrió casi la totalidad de la ruta nacional número 12, que va bordeando el Paraná hasta llegar a Puerto Iguazú. Otra arteria vital es la ruta 14, cuyo trazado recorre el centro del territorio vinculando importantes localidades y zonas productoras. Ambas están ligadas por distintas carreteras provinciales que forman una red bastante densa al sur de Oberá.

En total, los caminos misioneros suman unos 3200 km, incluida la llamada "red de fomento agrícola", y aumentan sin cesar. Topadoras y otras rugientes máquinas funcionan sin pausa en todo el territorio preparando los caminos para cubrirlos de asfalto, nivelando el terreno después de las lluvias o abriendo enormes tajos en la espesura para trazar nuevas carreteras. Al contemplar el trajinar mecanizado, los viejos pobladores no pueden dejar de compararlo con el tremendo esfuerzo que costaba antaño abrir las "picadas", antecesoras de las actuales rutas. Se trataba de abrir la espesura por kilómetros y kilómetros derribando a hachazos millares de árboles y despejando a machete la maraña interminable. La tarea se proponía asegurar el tránsito de carros y arreos de mulas entre una localidad y otra, lo que también exigía invertir esfuerzos en su mantenimiento, ya que en Misiones la maleza invade las sendas con sorprendente rapidez. Muchas picadas, hoy convertidas en





La ruta 12 (1) es el portal de entrada al sudoeste misionero, y comparte su papel protagónico con la 14, que pasa por la ciudad de Oberá (2). Las lluvias conspiran seriamente contra el buen estado de los caminos, aunque éstos se secan en corto tiempo (3). En cambio, después de las tormentas no es difícil hallar árboles caídos que obstaculizan el paso (4).



Camiones y tractores desplazan hoy a dos viejos aliados del trabajo en el obraje: los bueyes y las mulas.

caminos permanentes, se hicieron famosas por la extensión que tenían o por el trabajo que costó abrirlas: tal el caso de las picadas Española, Finlandesa, Africana, General Belgrano, Santa Rosa, Yerbal Viejo y muchas otras que insumieron esfuerzos extenuantes a centenares de hacheros.

ENERGIA, NECESIDAD PERENTORIA

Lejos estaba de suponerse, por aquellos años, que el desarrollo de las comunicaciones aéreas permitiría llegar a Buenos Aires en poco más de una hora, como lo hacen hoy los *jets* que despegan del aeropuerto de Posadas. La provincia cuenta con más de treinta pistas de aterrizaje distribuidas en las localidades importantes; en su mayoría son de tierra, pero se encuentran bien conservadas, a tal punto que algunas son escala habitual de servicios regulares cumplidos por líneas de fomento provinciales y aeroclubes. En julio de 1972 la inauguración del aeropuerto de Iguazú posibilitó un gran paso adelante en materia de aeronavegación; a corto trecho de las Cataratas, la flamante pista —una cinta de concreto de 3300 metros de largo y 45 de ancho— tiene capacidad para recibir modernos aviones de retropropulsión. Lo mismo ocurre desde 1970 con la aeroestación capitalina, totalmente remozada, que hoy exhibe con orgullo un moderno acceso iluminado por la noche en forma espectacular.

Los potentes focos que bordean ese tramo carretero constituyen por ahora uno de los mayores alardes provinciales en materia de iluminación, aunque cabe prever la multiplicación de obras similares a medida que llegue electricidad en abundancia a todas las regiones. La producción de fluido depende hoy por entero de centrales térmicas *diesel* instaladas en distintas localidades. Casi todas alimentan redes de distribución locales, pero su escasa potencia hace que la inmensa mayoría de los establecimientos industriales cuenten con instalaciones propias que en conjunto generan casi la mitad del total provincial. Esto delata la falla fundamental de la infraestructura energética misionera: la carencia de grandes usinas que abastezcan vastas zonas con electricidad de bajo costo. Esa necesidad, unida a la creciente demanda de un mercado ávido de electrificación, ha inspirado varios proyectos, en vías de ejecución. Una de las tareas emprendidas consiste en unificar las redes locales, empeño que está erizando de torres y redes de trasmisión un vasto sector de la provincia. El segundo paso será inyectar a ese sistema la energía de un gran centro productor, lo que pronto se realizará mediante la interconexión con la central hidroeléctrica paraguaya de Acaray, que suministrará varios miles de kilovatios. Con todo, más importancia reviste para el futuro la construcción de una usina hidráulica sobre el río Piray Guazú, que —cuando se concrete— inaugurará en Misiones el aprovechamiento de los cursos de agua. Los misioneros no olvidan tampoco el viejo proyecto paraguayo-argentino de levantar sobre el Paraná la colosal represa de Yaciretá-Apipé, pero —realistas— saben que por ahora deben incentivar la producción de energía por otros medios. Así lo exigen, perentoriamente, las crecientes necesidades de su economía, que sigue basándose en la prosperidad del agro pero incluye también varios rubros industriales.



BANDEIRANTES Y JESUITAS

La primera mitad del siglo XVII vio nacer en el actual territorio brasileño las célebres *bandeiras* o *malocas,* cacerías de seres humanos efectuadas con el propósito de abastecer de mano de obra esclava las plantaciones. Organizadas y dirigidas por aventureros de San Pablo y zonas aledañas, las expediciones contaban con la eficaz participación de los *mamelucos* —mestizos de europeo y nativa— y de ciertas tribus indígenas. Dos rasgos identificaban ese curioso mosaico racial: el brutal ensañamiento con sus víctimas y la singular inclinación que sentían por los saqueos.

Las aldeas jesuíticas del Guayrá no tardaron en ser el objetivo principal de los *bandeirantes:* en ellas se concentraba un excelente material humano que de otro modo había que obtener incursionando por los inhóspitos dominios de las tribus nómadas. Las trece reducciones sufrieron ataques que terminaron por arrasarlas obligando a los sobrevivientes a efectuar un penoso éxodo en precarias balsas que derivaron Paraná abajo. La desgraciada experiencia hizo comprender a los jesuitas que la única garantía de seguridad que podían tener los pueblos era contar con una sólida fuerza de autodefensa. Por eso los domingos cada reducción hervía de actividad bélica; todos los varones mayores de siete años realizaban ejercicios militares y se perfeccionaban en el manejo de flechas, macanas, lanzas y hondas; quienes demostraban ser buenos jinetes eran seleccionados para montar los 200 caballos que había de reserva en cada pueblo, y en las prácticas mensuales de tiro al blanco con armas de fuego los milicianos indígenas aprendían a utilizar arcabuces y mosquetes.

Tantos esfuerzos dieron resultados bastante eficaces. En 1639 incursionó en la zona de las Misiones una *maloca* que fue derrotada en Caazapá Guazú por una fuerza de 1500 guaraníes comandados por el jefe indígena Nicolás Ñeenguirú y el hermano Domingo de Torres. Fue la primera victoria importante que obtuvieron las fuerzas jesuíticas, pero no sería la última: dos años más tarde las márgenes del río Mbororé, en la zona del Alto Uruguay, presenciaron una batalla de grandes proyecciones históricas. Gracias a ella pudo frenarse el permanente avance de los portugueses sobre el actual territorio argentino.

Hacia fines de 1640 se tuvieron noticias de que una numerosa fuerza de 500 a 600 mamelucos, 4000 indios tupíes, además de mulatos y negros, se acercaba a Mbororé en 700 canoas, al mando de los *bandeirantes* Pedroso de Barros y Manuel Pires. Semejante novedad sembró la alarma en las reducciones, y en enero de 1641 el provincial de los jesuitas, padre Ruyer, convocó a dos mil combatientes guaraníes que se fortificaron en Mbororé. Gracias al mal tiempo, que demoró el ataque mameluco, poco después pudieron sumárseles otros dos mil soldados que acudían a reforzarlos. En *Misiones y sus pueblos guaraníes* relata Guillermo Furlong: "El viernes 8 de marzo se acercaron cien barcos paulistas y les salieron al encuentro treinta barcos misioneros con 250 indios con el objeto de hacer que viraran cerca de la costa occidental, para allí acribillarlos por los soldados de tierra". El topetazo terminó con serias bajas para los incursores, que tuvieron así un anticipo de lo que ocurriría tres días después, cuando la batalla se entablara con todo furor. El jefe indígena Abiarú, que se encontraba al frente de la fuerza naval jesuítica, fue quien inició el combate hundiendo a cañonazos tres embarcaciones enemigas. La lucha se generalizó de inmediato, y mientras las canoas paulistas combatían con las de los guaraníes, parte de los invasores desembarcaba pero sufría enormes pérdidas a manos de los arcabuceros y flecheros guaraníes. Al caer la noche los *bandeirantes* se refugiaron en tierra firme y fueron rodeados al otro día por el ejército de las Misiones: tres veces intentaron romper el cerco y tres veces fracasaron.

Exhaustos, con muchos heridos y grandes bajas, los esclavistas optaron entonces por la diplomacia: el 13 de marzo enviaron una dolida carta a los Padres en la que declaraban que la invasión sólo perseguía el propósito de averiguar la suerte de algunos familiares y pedían que cesaran las hostilidades. El increíble pretexto fue desoído, claro está, y los combates prosiguieron varios días con características de batalla campal en la que la lucha se dirimía cuerpo a cuerpo. A pesar de las hostilidades, el padre José Domenech se ofreció para asistir a los heridos del bando enemigo. Cuando era evidente que la suerte de la invasión estaba sellada, los *bandeirantes* —totalmente desmoralizados— emprendieron un desesperado "sálvese quien pueda" y huyeron a la desbandada por la selva; en la espesura, buena parte de los fugitivos sucumbió a manos de los tenaces perseguidores guaraníes, y otros se perdieron entre la maraña convirtiéndose en probables víctimas de las fieras. Los que prefirieron resistir atrincherados fueron definitivamente aplastados el 25 de marzo, Viernes Santo. Terminaba de esa manera lo que Salvador Lentini Fraga —que realizó un prolijo estudio del episodio— califica como la batalla más importante librada en territorio argentino. De no mediar el triunfo de Mbororé, no es difícil imaginar quiénes se habrían apoderado de los territorios de las Misiones y tal vez de todo el Litoral.

MISIONES, OBRA DEL HOMBRE

Acaso en pocas regiones del país ha hecho el hombre tanto como en Misiones, una tierra modificada por gente de todas las latitudes y las razas más diversas. También por eso es extensa la lista de quienes peregrinaron por sus selvas con espíritu científico, afán de aventura o, simplemente, buscando horizontes nuevos para su existencia. Entre los primeros figura el botánico francés Amado Bonpland, que realizó en 1820 serios intentos para obtener yerba de cultivo. El llamado "jardinero de Napoleón" no sólo era un médico de prestigio sino además un notable investigador de la naturaleza. Establecido a unos 50 kilómetros de Posadas, cerca de la actual Santa Ana, Bonpland dirigía una chacra que llegó a tener cuatrocientos peones, pero dedicó sus principales esfuerzos al estudio de la flora regional: describió más de seis mil plantas, clasificó varios centenares de especies vegetales y realizó pacientes experiencias para determinar las propiedades de la yerba mate, el guayabo y otras plantas. Años después siguió sus pasos el sabio Niederlein, que a pesar de la triste suerte de su predecesor —Bonpland fue capturado por los paraguayos y encarcelado nueve años— no se desanimó e investigó largamente la flora; describió con todo detalle 122 especies de plantas textiles, medicinales, colorantes y frutales.

En cambio, no fueron precisamente inquietudes científicas las que atrajeron a otros hombres: el norteamericano Jones, por ejemplo, había actuado durante la guerra de Secesión en la caballería sureña, y la derrota lo impulsó a emigrar e instalarse cerca de Posadas con un trapiche y una pequeña destilería. El francés Dutilh llegó a la tierra colorada por razones similares: debió abandonar Francia después de la revolución de 1848, y aunque estaba familiarizado con la llanura porque había servido en la Legión Francesa durante el sitio de Montevideo, prefirió dedicarse a regentear una pequeña empresa de vaporcitos que circulaban por el Alto Paraná. Carlos Bosetti, por su parte, era un exiliado italiano que ancló en Misiones y protagonizó expediciones memorables, tan audaces como las del brasileño Fructuoso Moraes Dutra, que dejó grabada su planta en todos los rincones de la selva, abriendo picadas, desafiando la espesura y sus peligros con el entusiasmo propio de los pioneros.

Casi todos los que se le atrevieron a Misiones durante el siglo pasado y las primeras décadas del presente comparten la categoría de precursores. Y como suele ocurrir, los esfuerzos que se desplegaron por esos años no siempre fueron desinteresados, y a veces ni siquiera honrados. En ese aspecto, la historia de la provincia es pródiga en narraciones sobre el enriquecimiento de inescrupulosos que amasaron fortunas explotando salvajemente a los peones de obrajes y yerbatales, pero también incluye otras, de signo diferente: la de quienes abonaron con su esfuerzo personal la conquista de ese territorio difícil de vencer. Muchos de ellos le vieron la cara de cerca al fracaso, pero muy pocos buscaron otros rumbos: la tierra colorada los atrapó acrisolando sus virtudes y sus defectos, los mismos que dieron dimensión humana a la dura conquista del territorio misionero.

LOS GUARANIES CONTRA DOS REINOS

Carlos III de España

En abril de 1754 los indios de San Lorenzo, San Luis y San Miguel atacaron los fuertes portugueses ubicados sobre el río Pardo. Comenzó entonces una especie de guerra de guerrillas que imposibilitó la demarcación de los límites que separaban las posesiones portuguesas de las españolas, según el Tratado de Permuta que habían firmado ambas potencias. Viendo el cariz que tomaban los acontecimientos, el gobernador de Buenos Aires, José de Andonaegui, se reunió en la isla de Martín García con representantes portugueses y funcionarios de la corona española. La resolución no demoró demasiado: sin muchos trámites, se decidió reprimir el alzamiento en forma conjunta, para lo cual se dispuso un ataque combinado hispano-portugués.

El primer encuentro se libró el 3 de octubre de 1754, cuando el gobernador de Buenos Aires derrotó cerca del Dayman a los guaraníes causándoles graves pérdidas; también las tropas coloniales sufrieron fuertes bajas y Andonaegui debió regresar al sur para trasladar a la guarnición montevideana en pleno al teatro de operaciones. Cuando los portugueses se enteraron del retiro de Andonaegui prefirieron pactar una tregua con los indígenas. Tanto ellos como los españoles estaban ganando tiempo, y cuando consideraron favorable la relación de fuerzas se pusieron nuevamente en campaña y en febrero de 1756 obtuvieron una victoria demoledora en Caybaté: más de 1500 guaraníes quedaron tendidos en el campo de batalla. El sangriento triunfo marcó el fin de los enfrentamientos, pero la campaña inquietó tanto a la corte hispana que ésta despachó a don Pedro de Cevallos al escenario de la guerra. Una vez en el lugar, Cevallos hizo una comprobación inesperada: el alzamiento indio no era una insurrección contra España sino un intento de evitar la entrega a los portugueses de siete pueblos que por estipulaciones del Tratado de Permuta pasaban a jurisdicción lusitana. El error fue enmendado más tarde por Carlos III, que anuló el tratado, pero ya era tarde para resucitar a los muertos.

$ 4.50 - 450 m/n.

28 ARGENTINA



MISIONES II



PRESIDENTE
Carlos Civita
GERENTE EDITORIAL
Antonio F. Salonia
GERENTE COMERCIAL
Eric Skinner
SUBGERENTE EDITORIAL
Ignacio Palacios Videla
JEFE EDITORIAL
Rubén Tizziani
JEFE DE FOTOGRAFIA E ILUSTRACIONES
Carlos Cerqueira
COORDINADOR TECNICO
Néstor Maldonado

ARGENTINA

Editor
César Civita
Coordinador General
Fernando Lida García
Equipo Asesor
Jorge Baron,
Lic. Cristina de Lorenzo, León Pomer,
Prof. Adelia María Pommerenck,
Prof. Martha Irene Stefanelli
Redactor
Luis Grassino

La cartografía de ARGENTINA ha sido elaborada por el Instituto Geográfico Militar, por el departamento cartográfico de Abril Educativa y Cultural S.A. y por el Automóvil Club Argentino, cuya generosa colaboración se agradece especialmente. Todos los mapas cuentan con la autorización correspondiente del Instituto Geográfico Militar, según lo establece el decreto Nº 8944/46 del Poder Ejecutivo Nacional

Impreso en los Talleres Gráficos Abril, avenida Roca 4410, Florida, provincia de Buenos Aires, República Argentina.

Octubre de 1972

Printed in Argentina.

Distribuidor en la Capital Federal: Vaccaro Hnos., Solís 585, Capital Federal. En el interior: RYELA S.A.I.C.I.F. y A., Bartolomé Mitre 853, 5º piso, teléfonos 45-0406/2844.

Para la compra de números atrasados, dirigirse a RYELA S.A.I.C.I.F. y A.

Registro de autorizaciones para el envío de libros de edición argentina, Nº 114.

NUESTRA PORTADA:
Trabajo en los yerbales: atando el "raído"

El próximo fascículo:
NEUQUEN I
El imperio manzanero
Namuncurá: el ocaso de un guerrero
Los pulmones del Averno
Los ritos de la tierra
El Chocón de Buenos Aires



EL MONTE

La selva es un lugar de eterna sombra y tierra roja,
tierra para una noche acabada como el fuego, para una vida constante
colmada de animales y de hombres participando en el cómplice
silencio de la muerte violenta,
en la lenta angustia de un mundo movido como un espejismo entre
los árboles,
agazapado en un largo otoño de palmeras y ceibos,
tendido en vertiginoso voleo hacia el calor,
detenido a veces, como echado en reposo sobre un montón de hojas.

De los animales ha aprendido a vivir,
a crecer sin dejar huella a su paso,
retrocediendo por el monte, abriendo camino a sus espaldas.
Desde un río hasta el otro, desde un país a una guarida,
a la estrecha franja que ha quedado para andar de la vida a la muerte,
al último lugar que dará los frutos (...)
sin la complicidad de sus ríos y sus vientos,
de sus animales vibrantes, tenso como un arco,
suaves y hermosos como el deslizarse de una flecha.

Es toda la sombra y el misterio que le resta
desde que remontó un largo y serpenteante río hasta el origen,
para encontrar el olor del monte
y el ardor de las ramas bajas enlazadas por el sol y la angustia.
Porque algo no ha perdido,
la antigua magia, el sortilegio del amor, del dolor y del odio (...)
como si repitiera ahora un rito olvidado,
pleno de color y lentitud en la picada oscura,
abierta con los brazos poco a poco, hasta caer rendido en la noche
hasta agotar el deseo de vivir así, [primera,
descansando su largo sopor en el obraje, en la celosa vigilia de cada día,
al borde del pantano
tu rojo país arrinconado.

ROBERTO N. TIMONE
Tierra roja

Joven poeta misionero nacido en 1939; su primer libro, La selva y los días, *fue premiado en certámenes provinciales.*



"Tres fronteras": un monolito señala la presencia argentina frente a las costas de Paraguay y Brasil.

YERBALES Y MENSUES

Amanece. Un pequeño barco remonta el Paraná perezosamente y sobre su cubierta se apiñan varias decenas de hombres; algunos, todavía dormidos, están en posiciones grotescas, y otros se van despabilando a medida que el sol les da de lleno en el rostro. La noche anterior, borrachos en algún *cabaret* de Posadas, firmaron entre vahos de alcohol un contrato para trabajar en los yerbales. En ese momento sólo les interesaba el dinero que les daban como adelanto y que les permitiría divertirse un rato más. Luego, semiinconscientes, fueron conducidos al barco sin que atinaran a balbucear una protesta, y ahora es tarde para hacerlo. Los reclamos se estrellan contra el papel que firmaron, y es mejor no resistirse porque los *capangas* tienen el dedo sobre el gatillo del fusil, listos para escarmentar a balazos a quien intente una fuga.

Una vez llegados a destino, a cada uno se le da un machete; con él hay que abrirse paso por la espesura hasta encontrar plantas de yerba, desgajarlas, salir al claro para pelar las ramas y llenar de hojas los "raídos", esos atados enormes que después se pesarán en la dudosa balanza del establecimiento. La paga es por cantidad recogida, y se acredita en la libreta del mensú. Quien desee comprar un cuchillo, o comida, o una manta, o alpargatas, debe hacerlo en la única proveeduría que hay. Pertenece a la Compañía, y como el dinero no circula es necesario firmar vales que se descontarán del sueldo. Una contabilidad hábilmente manejada hace que siempre se deba más de lo que se ha producido.

Este despiadado régimen de explotación no pertenece a un pasado muy remoto. Conservó vigencia hasta hace pocas décadas y aún viven en Misiones personas que lo recuerdan perfectamente, por haberlo experimentado en carne propia. Se trata de uno de los baldones más oprobiosos que tiene la historia de la yerba mate, ese vegetal ligado desde hace siglos a la vida de la región. Los primeros en consumirla fueron los guaraníes, que habían descubierto las virtudes estimulantes de la yerba mucho antes que los conquistadores se asomaran a las selvas sudamericanas y se plegaran con entusiasmo a la costumbre. Después, los jesuitas contribuyeron decisivamente a difundir el consumo; cuando las reducciones alcanzaron su apogeo, eran comunes los cargamentos de toneladas de yerba mate que se deslizaban por el Paraná y el Uruguay hacia los puertos de Santa Fe, Buenos Aires o Montevideo. Desde allí partieron, a su vez, no pocos envíos a Europa, donde la infusión se conocía como "té de las Misiones" o "té de los Jesuitas".

Pacientes, infatigables investigadores de la región, los religiosos habían descubierto la manera de cultivar la yerba, y organizaron plantaciones que se convirtieron en puntales de la economía misional. Destruidas las reducciones y arrasados sus yerbales, el misterio envolvió nuevamente las técnicas del cultivo. De ese modo, hasta fines del siglo pasado, la yerba sólo se explotó "a monte", es decir, podando las formaciones naturales que prosperaban en la selva favorecidas por el suelo y el clima de la región. En estado silvestre la planta supera los 20 me-

tros de altura, ofreciendo el aspecto de un robusto árbol con la copa siempre cubierta de brillante follaje verde. Ese era el botín que salían a cazar antaño los "descubierteros", que recorrían la espesura en todas direcciones hasta hallar yerba abundante y dar entonces aviso para que se iniciara la explotación. Ese procedimiento fue el único aplicado hasta 1903, cuando se redescubrieron las técnicas de cultivo.

TE Y TUNG: LOS RELEVOS DE LA YERBA

Actualmente, las plantaciones de yerba mate cubren unas 148 000 hectáreas y están en condiciones de producir más de 250 000 toneladas, aunque anualmente sólo se recogen unas 120 000. Esa cifra representa el 90 % del total nacional, y ha debido ser limitada con medidas a veces drásticas (en 1965 se prohibió levantar la cosecha), según las necesidades de regulación del mercado. Sucede que desde hace varios años el consumo tiende a disminuir, en algunos casos aceleradamente. Hija de una existencia que desconocía los horarios rígidos y los apurones que caracterizan el ritmo de vida de las grandes ciudades, la popular mateada experimenta el recio embate de las gaseosas, el café soluble y otros sustitutos más expeditivos. A eso se añaden el mantenimiento de la importación desde Paraguay y el escaso volumen de las exportaciones, ya que la yerba tiene un reducidísimo mercado exterior.

Acorralado por esa realidad, el sector yerbatero de Misiones se encuentra ante un futuro de perspectivas inciertas que, aparentemente, sólo se volverán halagüeñas cuando se tomen adecuadas medidas proteccionistas, se incentive el consumo de yerba mediante el lanzamiento de nuevos derivados, o se aumente sustancialmente la exportación, variantes difíciles de concretar si se carece de amplio apoyo oficial. Sin embargo, tal como antaño, la yerba sigue constituyendo el principal producto provincial. Millones de plantas cubren vastas extensiones en Oberá, San Ignacio, Eldorado y otras zonas, movilizando entre marzo y septiembre a legiones de "tareferos" —o peones— que arrancan prolijamente las hojas de *caá*, como denominaron los guaraníes a la planta.

Claro que con el correr de los años la importancia relativa de la yerba ha ido disminuyendo ante el desarrollo de otros cultivos. Entre ellos se destaca el té, que sacó carta de ciudadanía en Misiones hace casi tres décadas. No se trata, claro está, de un vegetal autóctono como la yerba mate, pero crece en la provincia con un empuje digno del que exhibe en su patria natal, China. Su explotación se desarrolló en forma casi paralela al progresivo deterioro de la yerba mate y ocupa hoy unas 30 000 hectáreas que rinden más de 80 000 toneladas anuales de hoja verde. La mayor parte de esa producción es procesada en la región, desde donde sale rumbo al exterior: Misiones exporta anualmente más de diez mil toneladas de té.

Un proceso similar se produjo con el tung, otro vegetal de estirpe china que empezó a difundirse en la década del cuarenta, aunque en la actualidad ha declinado debido a que el mayor adquirente de subproductos —Estados Unidos— fue disminuyendo las compras. Su área de cultivo roza las 50 000 hectáreas, y la cosecha consiste en la recolección anual de los frutos, que caen espontáneamente; de ellos se obtienen 17 000 toneladas de aceite de tung, una excelente materia prima para la elaboración de lacas, pinturas y barnices, que se exporta en un 80 %.

También el tabaco misionero emprende, en buena medida, camino al exterior; la variedad "criollo misionero", que ocupa el noventa por ciento de las 16 000 hectáreas dedicadas por la provincia a este cultivo, alimenta más de la mitad de las exportaciones nacionales en su tipo. Como se trata de una planta que exige muchos cuidados y requiere tierras sumamente fértiles, la mayoría de las plantaciones prospera sobre tierras recién desmontadas y abarcan muy pocas hectáreas. Lo mismo sucede con la mandioca, que coloca a la provincia en el primer puesto nacional, con 200 000 toneladas. En algunas regiones el tubérculo se cultiva con fines industriales, para obtener almidón de excelente calidad, pero buena parte de la producción depende de parcelas familiares, ya que su presencia es habitual en la dieta de los misioneros.

CAMPOS, FRUTAS Y GANADOS

Otro rubro que también se limita a cubrir las necesidades del consumo local es el de la explotación ganadera. Así resulta común que los colonos —cualquiera que sea la actividad agrícola que realicen— tengan una yunta de bueyes, vacas lecheras, cerdos y un variado número de aves









En ciertas épocas del año miles de misioneros trabajan en la zafra azucarera (1), la recolección de té y la cosecha de yerba mate (2). Antiguamente, la mano de obra para los yerbales se reclutaba en la célebre "Bajada Vieja" de Posadas (3), por ese entonces llena de locales de diversión frecuentados por mensúes.



1

de corral para satisfacer sus propias necesidades. La cría como actividad específica no está muy difundida, y los escasos establecimientos de ese tipo se encuentran en los departamentos del sur de la provincia: Concepción, Apóstoles, San Javier, Candelaria y Capital. Más al norte, el clima, los parásitos y otros factores obstaculizan el desarrollo de la ganadería, especialmente si se trata de razas seleccionadas. Por eso el animal más difundido es el resistente cebú, que en muchos casos ha sido cruzado con razas depuradas obteniéndose resultados excelentes. En 1969 las existencias de bovinos se estimaban en unas 131 000 cabezas, número muy superior al de porcinos (40 000 aproximadamente) y ovinos (apenas 5000 ejemplares).

Naranjas, limones, pomelos, mandarinas y otros frutos ácidos prosperan sobre unas 40 000 hectáreas que rinden alrededor de 180 000 toneladas, de las cuales el 95 % son naranjas. Favorecido por la feracidad extraordinaria del suelo y el gran rendimiento promedio por planta, en pocos años el rubro se convirtió en uno de los puntales de la agricultura provincial. La fruticultura misionera también incluye, aunque en menor escala, ananá, banano y frutas regionales como la guayaba, el mamón y el mango. Un aspecto original de la agricultura misionera es el cultivo de las denominadas "especies esenciales", cuyos productos se utilizan en perfumería, farmacopea, fabricación de golosinas, y otras industrias; vetiver, *lemon grass,* menta japonesa y citronela prosperan sobre unas 2000 hectáreas ubicadas preferentemente en la zona del Alto Uruguay. Claro que el valor total de la producción de este rubro no alcanza a superar el de la caña de azúcar, cultivo que recibió un espaldarazo decisivo con la radicación de un ingenio en la localidad de San Javier; allí se procesa prácticamente toda la producción de las 3000 hectáreas sembradas en la provincia, aunque en algunos establecimientos de tipo casero la caña se utiliza para producir alcohol, miel de caña, rapadura y otros dulces. El algodón y la soya movilizan también los esfuerzos de numerosos misioneros, lo mismo que el maíz, el maní y otros productos. De uno u otro modo, todos ellos avanzan inexorablemente sobre la selva, que poco a poco va cediendo terreno ante la ofensiva implacable de la agricultura y ve caer sus gigantes bajo el golpeteo sordo de las hachas obrajeras.

UNA POTENCIA FORESTAL

Explotada intensamente desde hace más de un siglo, la selva misionera es una de las formaciones boscosas más ricas del país. El Uruguay y el Paraná, brillantes caminos de agua, facilitaron siempre el transporte de la madera hacia los centros industrializadores, y eso explica, en cierta medida, el hecho de que el bosque misionero sea uno de los más explotados de la República, al extremo de que algunas especies han desaparecido casi por completo. Tal el caso del palo rosa, vegetal del que sólo se conservan formaciones más o menos densas en el Parque Nacional del Iguazú. Cedros, lapachos, inciensos, cancharanas, guatambúes y otros colosos integran la extensa lista de las maderas que son taladas desde hace décadas. Se calcula que existen en la provincia unas 2 200 000 hectáreas de superficie selvática, que si bien representan solamente el 7 % de los bosques argentinos, suministran casi la mitad de las maderas aserrables del país. Claro que el precio pagado por la naturaleza ha sido muy caro: en muchos sitios la tala se practicó en forma tan indiscriminada que alteró por completo el equilibrio ecológico provocando un empobrecimiento general de la flora y de la fauna.

Pese a los adelantos técnicos el hachero sigue siendo el principal protagonista de la actividad forestal. El es quien da vida al obraje, especie de campamento temporario que reúne hacheros, bueyes y maquinarias en un lugar de la selva, hasta que termina el volteo de los árboles buscados y se muda a otro sitio. La endeblez y la precariedad con que se construyeron habitualmente viviendas y demás instalaciones contribuyeron a caracterizar ese trabajo como uno de los más duros y sacrificados. Es cierto que esas condiciones se han modificado, pero la tarea no ha variado mucho; el tractor y el camión reemplazan a los bueyes y las alzaprimas en el transporte de troncos hasta el aserradero; una que otra motosierra simplifica a veces los menesteres accesorios, pero el obraje continúa siendo el engranaje básico de la actividad maderera.

Que no es poca, por cierto; Misiones, debido a la vastedad de su selva,





El prolijo trazado de las plantaciones de té (1 y 2) ocupa vastas extensiones en todo el territorio misionero. Las plantas son mantenidas a una altura adecuada para arrancarles los brotes más tiernos con facilidad. El paso posterior es su industrialización, que se cumple en numerosos secaderos desde los cuales el producto tratado (3) parte hacia las empacadoras. Aunque menos voluminosa, la producción de tabaco (4) también es importante y alimenta en destacadas proporciones los envíos al exterior, donde es muy apreciada la variedad "criollo misionero".





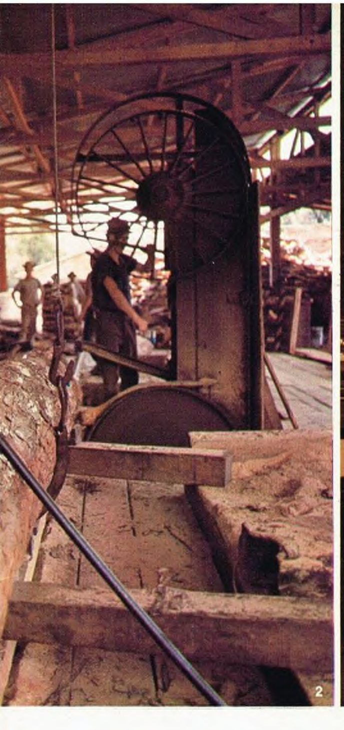
La industria maderera es una de las más desarrolladas de la provincia y, junto con la yerbatera, influyó decisivamente en el poblamiento y la exploración de muchos rincones misioneros. El obraje, una especie de campamento provisional que se levanta donde abundan las especies buscadas, es el engranaje básico de la actividad forestal. Sobre el hachero recae la tarea de voltear los enormes árboles, que después son "limpiados" de ramas y corteza y, a veces, trozados y transportados por bueyes (1) y mulas hasta un claro expresamente abierto donde se los carga en camiones. Esa materia prima parte luego hacia los establecimientos del sur formando jangadas que flotan sobre el río, o es tratada en numerosos aserraderos (2) y fábricas de laminados (3, depósito). Misiones produce, actualmente, el 80 % de la madera terciada que se fabrica en el país.

es desde hace décadas una verdadera potencia forestal y no parece dispuesta a dejar de serlo. Los bosques del nordeste atesoran grandes existencias madereras; allí crece —junto a otras especies— la célebre araucaria o "pino Paraná", un coloso de inconfundible copa aparasolada que forma asociaciones de 30 ó 40 ejemplares por hectárea y en estado adulto supera los 45 metros de altura. Su madera, liviana y blanda, se utiliza en cajonería y carpintería, aunque la mayor parte es transformada en terciado por alguno de los numerosos establecimientos que se alzan en el territorio. La provincia es el principal centro elaborador de laminados y terciados del país: existen más de treinta fábricas, y unas quince laminadoras que producen cincuenta mil metros cúbicos de madera terciada, el 80 % del total nacional. A eso se añaden cientos de aserraderos diseminados en todo el territorio provincial que fabrican, en conjunto, un total de 50 000 000 de pies cuadrados de madera aserrada. Tampoco faltan, en ese panorama, establecimientos que utilizan la madera como materia prima para elaborar productos más refinados; es el caso de la inmensa planta instalada en Puerto Piray, donde se produce celulosa de fibra larga y se consumen millares de toneladas de coníferas.

Abastecer semejante demanda importa echar mano de las grandes plantaciones artificiales, que cubren hoy casi 80 000 hectáreas. La saludable "fiebre forestadora" que se inició en Misiones hacia 1940 cubrió de coníferas inmensas extensiones, a tal punto que casi la cuarta parte de la superficie reforestada del país está ubicada en la provincia. La elección, obviamente, no es caprichosa: en Misiones, los árboles se desarrollan a un ritmo comparable con los máximos rendimientos conocidos, y a una velocidad cuatro o cinco veces mayor que en los bosques de Canadá o Europa del norte. Los departamentos de Montecarlo, Eldorado e Iguazú albergan las mayores áreas forestales: enormes extensiones aparecen cubiertas de pino Elioti y otras coníferas exóticas que fraternizan con tupidos bosques artificiales de autóctono pino Paraná. El resultado de este esfuerzo forestal debe tender a rectificar un esquema de producción distorsionado que destina a la elaboración de pastas celulósicas maderas previstas originalmente para la industria de la construcción. Sólo de esta manera podrá abastecerse el mercado con madera de obra y evitar que se siga importando a precios cada vez mayores.

INDUSTRIALIZAR, PRIORIDAD ECONOMICA

Misiones, pionera en la incorporación de productos nuevos a la actividad agrícola, no ha logrado todavía protagonizar el despegue industrial que termine con el predominio que tiene el sector agrario en su economía. Esa situación, por otra parte similar a la que se registra en muchas regiones del país, hace que todavía subsistan paradojas como la que aflige a la yerba mate, que se produce en Misiones pero es procesada en gran parte por establecimientos ubicados fuera de la provincia. Merced a esa y otras distorsiones similares, la economía misionera ostenta un marcado carácter primario: produce materias primas que se procesan en otros puntos del país


2


3

luego de recibir en la provincia un tratamiento elemental.

En los últimos años esa tendencia está siendo modificada por la paulatina aparición de establecimientos que producen manufacturas listas para ser comercializadas. Un buen ejemplo es el del té, procesado íntegramente en la provincia por más de un centenar de secaderos. Muchos de ellos cuentan con instalaciones modernas donde el producto es sometido a un proceso completo: secado, tipificado, fraccionamiento, etc. Importantes son también las fábricas de aceite de tung, las empacadoras de frutas, las elaboradoras de jugos cítricos y otros establecimientos que sobresalen en el conjunto, como el ingenio azucarero de San Javier, la fábrica de cigarrillos radicada en Posadas y otros. Menos relieve individual pero gran importancia conjunta tienen las fábricas de almidón, los secaderos de tabaco, y las destiladoras de esencia, estas últimas pertenecientes en su mayoría a la órbita doméstica.

Existen, por supuesto, numerosos establecimientos más (desmotadoras de algodón, molinos arroceros y maiceros, bodegas pequeñas) pero no alcanzan el relieve que tienen en la provincia los destinados al tratamiento de la yerba mate. Por sus características, la yerba debe ser procesada antes de las 24 horas de arrancada de la planta, lo que tornó indispensable contar con sapecadoras (donde las hojas sufren un rápido pasaje sobre llamas vivas), barbacuás (secaderos) y canchadoras (donde se hace una molienda gruesa) en las cercanías de las plantaciones. Las tres instalaciones son comunes en toda la zona productora, que ve luego partir las bolsas de yerba mate "canchada" hacia establecimientos de Rosario y Buenos Aires, donde es sometida a una molienda fina, estacionada y envasada para el consumo.

Dentro de este panorama fabril destaca con perfiles nítidos la industria de la madera; casi no existe población misionera que carezca de un aserradero —grande o pequeño—. Que los esfuerzos desplegados por la provincia para industrializarse tienen antecedentes, lo demuestra el alto horno Zaimán, cuya construcción insinuó el comienzo de una nueva etapa en la economía provincial. Instalado en las afueras de Posadas, el establecimiento realizó la primera colada de arrabio en diciembre de 1965. La calidad del producto obtenido demostraba que era posible desarrollar en Misiones una siderurgia mediana aprovechando el mineral de hierro que abunda en varios puntos del territorio. Sin embargo, dos años después la tarea se suspendió y las flamantes instalaciones, capaces de producir casi 30 toneladas diarias de arrabio, debieron resignarse a una prolongada parálisis; problemas de costos, de comercialización, de transporte, fueron los argumentos que preludiaron en su momento el cierre de la planta estatal, que en los últimos meses de 1972 estará nuevamente en funcionamiento, arrendada a una empresa particular.

Debido al elevado consumo del alto horno, esa reactivación impulsará la producción de carbón vegetal y la extracción de minerales de hierro, actividad que dará nuevos bríos a la escasamente desarrollada minería provincial. En ese aspecto Misiones tiene posibilidades potenciales bastante amplias; hace tiempo que se han detectado existencias de hierro, cobre y manganeso e incluso existe





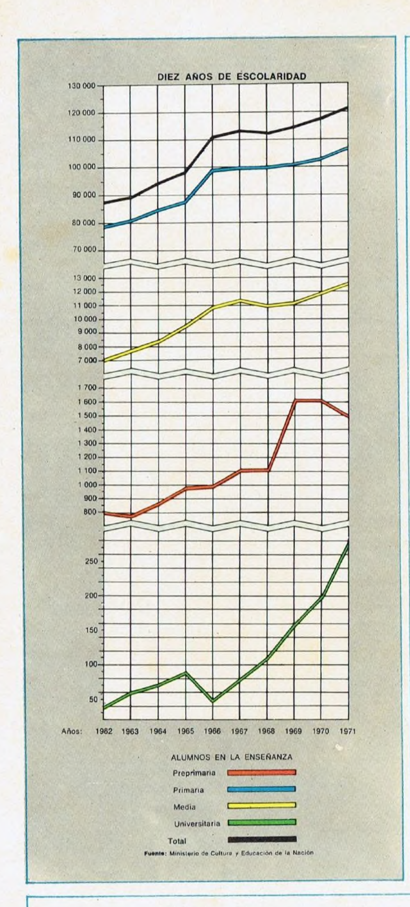
Horacio Quiroga (1) es una de las personalidades literarias más vigorosas que cobijó la tierra misionera. Nació en Salto, Uruguay, pero la fuente de inspiración de sus mejores obras la halló viviendo en San Ignacio, donde asumió plenamente el contacto con el rudo medio humano y natural que lo rodeaba. No es extraño, entonces, que los misioneros lo cuenten entre "sus" escritores, ni que la localidad de San Ignacio conserve con orgullo la casa que habitó (2).

la posibilidad de obtener aluminio a partir de la tierra colorada que cubre el territorio. Por ahora, al menos, la manifestación más importante de las actividades mineras está representada por la extracción de elementos utilizados en la construcción: canto rodado, arena, piedra laja y basalto.

LA PERLA DEL ALTO PARANA

Enormes cantidades de esos materiales insumirán, en un futuro cercano, los trabajos que volverán realidad uno de los más ambiciosos proyectos que han ideado los posadeños: dotar a la capital de una espectacular avenida costanera que penetrará en el río apoyada sobre pilotes. De concretarse, la obra convertiría a Posadas en la *vedette* del Paraná y sería, sin duda, la culminación de una etapa que se inició hace varios lustros y que está transformando sus aires provincianos en un recuerdo que subsiste sólo en algunos barrios. Es que durante muchos años la capital misionera estuvo sumida en una lánguida siesta subtropical. Recostada sobre el Paraná, multiplicaba lentamente su edificación baja dejando que su privilegiada ubicación geográfica hiciera el resto, convirtiéndola en eje del tráfico fluvial por el Alto Paraná. Colonos de todas las nacionalidades, mensúes, traficantes y comerciantes pasaron por su puerto, y sustentaron el crecimiento de un comercio discreto que fue configurando el centro. Más tarde, la llegada del ferrocarril y el trazado de las rutas hicieron de ella el portal de la provincia, obligándola a tomar conciencia de su mayoría de edad. Hace más de una década la ciudad empezó a desperezarse, insinuó un crecimiento vertical hasta entonces ausente y se preocupó incluso por establecer con exactitud su fecha de nacimiento. La incógnita produjo incontables polémicas entre los posadeños, hasta que un dictamen de la Academia Nacional de la Historia fue confirmado por un decreto; oficialmente, se acepta que la vida de la ciudad se inició el 8 de noviembre de 1870, por lo que la antigua "trinchera de San José", como se le decía en ese entonces, ya empezó a transitar su segundo siglo de vida.

Eso no le impide, por supuesto, ser dueña de un ritmo dinámico acorde con la extremada juventud promedio de su población: la mitad de sus casi cien mil habitantes son menores de veinte años, envidiable índice de lozanía que se verifica fácilmente recorriendo la ciudad. Un intenso movimiento humano y comercial caraceriza al sector céntrico, especialmente a la calle Bolívar y sus aledaños, incluida la plaza Nueve de Julio. Sofisticadas *boutiques*, tiendas, confiterías y restoranes suministran a Posadas un toque cosmopolita que se prolonga en varios locales nocturnos. El puerto ve disminuir día a día su otrora floreciente movimiento de cargas, pero constituye el eje de un permanente tráfico humano con Encarnación —segunda ciudad paraguaya— que está ahí no más, al otro lado del río. Las lanchas y la balsa automovilera lo cruzan varias veces por día trayendo y llevando, entre otros pasajeros, a numerosas vendedoras paraguayas que recorren la ciudad ofreciendo sus productos o se instalan en las cercanías del Mercado Modelo, invariablemente visitado por los turistas.



LA EDUCACION SUPERIOR EN MISIONES

El creciente desarrollo económico de Misiones va haciendo necesaria la apertura de nuevas posibilidades culturales y educativas para sus habitantes. Así es como no sólo se ha extendido a la provincia la actividad de dos facultades, dependientes de la Universidad Nacional del Nordeste, para la formación de técnicos que puedan ser asimilados por la actividad agrícola e industrial, sino también diversos profesorados e institutos especializados en materias económicas y de perfeccionamiento docente.

UNIVERSIDAD NACIONAL DEL NORDESTE

En capital:
Ciencias básicas y tecnológicas: ingeniería química
Ciencias sociales: asistencia social

INSTITUCIONES DE ENSEÑANZA EXTRAUNIVERSITARIA

Nacionales:
Instituto Superior de Formación Docente (en Apóstoles)
Instituto Nacional de Formación Docente (en capital)

Provinciales:
Instituto Superior del Profesorado Provincial (en capital)
Instituto Superior de Formación Docente (en Leandro N. Alem)
Instituto Superior de Formación Docente (en Montecarlo)
Instituto Superior del Profesorado en Disciplinas Estéticas (en Oberá)

Privadas:
Institutos incorporados:
Superior del Profesorado "A. Ruiz de Montoya" (en capital)
"Santa María" (en capital)
"San José" (en Eldorado)
Instituto de Administración de Empresas (en capital)
Instituto de Relaciones Públicas (en capital)

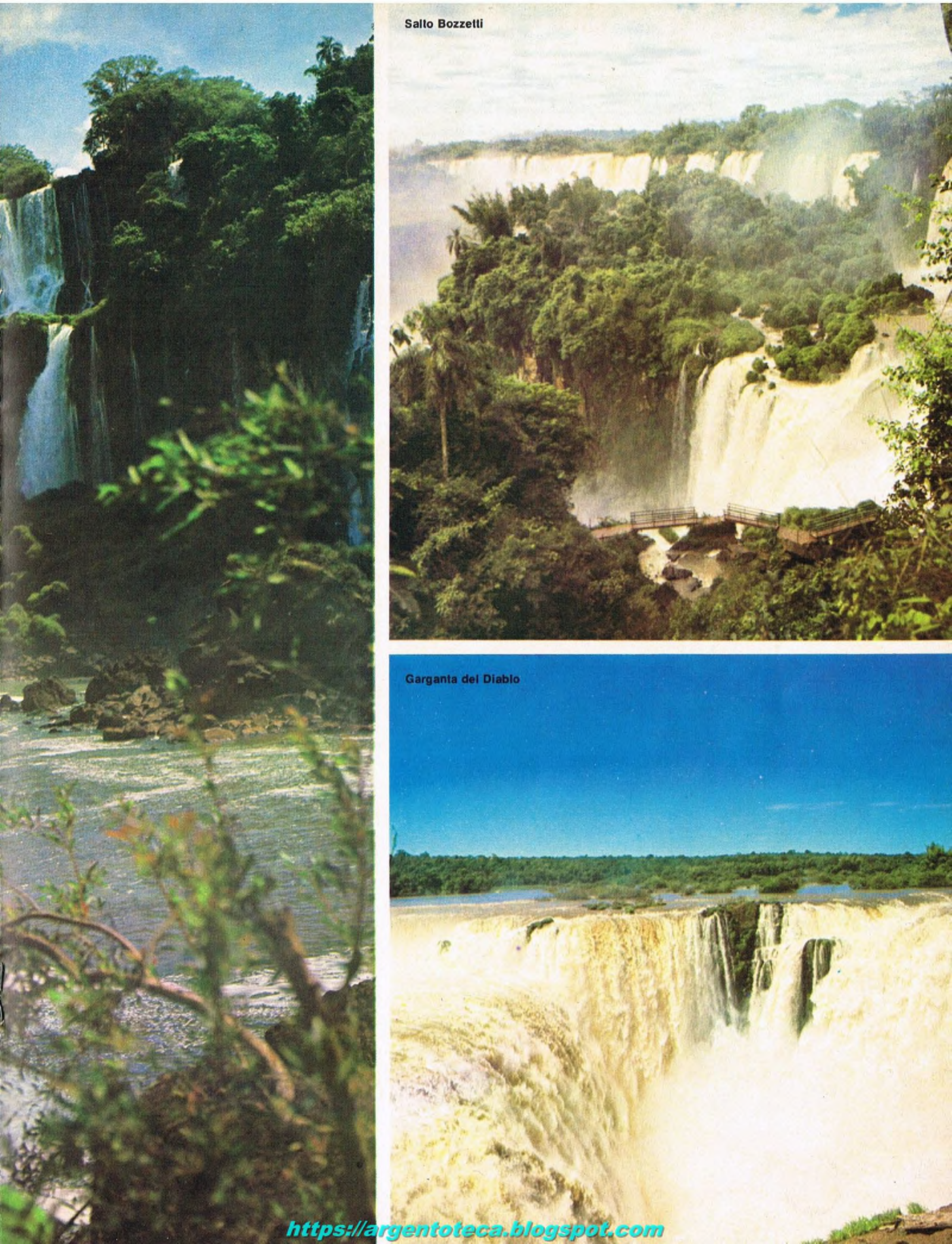
CALENDARIO DE FERIAS Y FESTIVALES

La exuberante naturaleza misionera y los productos de su suelo y sus ríos sirven a los habitantes de la provincia de grato pretexto para diversas celebraciones de gran atractivo turístico:

Nombre del acontecimiento:	Se celebra en:	Fecha
Festejos de Carnaval	Capital y Apóstoles	Semana de Carnaval
Inauguración de la temporada de pesca del dorado	Capital	julio
Fiesta Provincial del Dorado	Capital	mediados de agosto
Fiesta del Tung	Eldorado	2ª quincena de septiembre
Certamen provincial de pesca del dorado	Capital, Montecarlo, isla Pindói	octubre



Salto San Martín


Salto Bozzetti

Garganta del Diablo

MUSEOS DE LA PROVINCIA

Tradiciones y artesanías indígenas, fauna, flora y mineralogía regionales, así como las obras de sus artistas contemporáneos, figuran en las colecciones que pueden apreciarse en los museos misioneros.

Museo Regional de Posadas (Capital). Muestras de historia, arqueología, etnografía, folklore y ciencias naturales.

Palacio del Mate (Capital). Pinturas, esculturas, decoración y mobiliario regionales. (Posee una biblioteca infantil.)

Museo de Ciencias Naturales (Dos de Mayo). Etnología, arqueología, mineralogía, artesanía indígena local.

Museo de la Dirección de Parques Nacionales (Puerto Iguazú). Fauna y flora regionales.

Museo "Allou" (Puerto Iguazú). Tallas de madera sobre raíces o troncos de la flora autóctona.

Museo Jesuítico (San Ignacio). Ruinas y objetos de origen jesuítico.

Museo Jesuítico Numismático "Domingo F. Sarmiento" (San Ignacio). Numismática, medallística, obras de arte, material lítico indígena, alfarería precolombina e indo-jesuítica.



LAS DIVISAS SON DE MADERA

El problema es nacional —se llama déficit maderero— y Misiones tiene las claves para solucionarlo.

Lo notable es que la naturaleza nunca dio excusas para el actual drenaje de divisas por la importación de maderas y derivados, puesto que diseminó por el país grandes riquezas forestales con las que sería posible lograr, con una adecuada política de fomento, el autoabastecimiento a corto plazo.

En Misiones las dificultades comienzan con el triste espectáculo de la quema indiscriminada de bosques "sucios" —bosques con pinos—, para destinar la tierra a otros cultivos más rendidores. Así han caído árboles centenarios de 40 metros de altura y excelentes maderas. La araucaria —pino Paraná— o el palo brasil fueron sacrificados sin miramientos. Ello hace peligrar no sólo el futuro de una industria, sino también la totalidad de los factores ambientales. Por fortuna la propia tierra misionera ofrece el remedio: imprime a sus árboles uno de los crecimientos más veloces del mundo, sobre todo los de las valiosas maderas de fibras largas. Estas podrían complementarse perfectamente con las especies de fibra corta que abundan en el delta del Paraná.

En ese afán de autoabastecimiento está empeñada la provincia: en la década de 1950 se reforestaron 500 ha, y en la temporada 1970-71 se renovaron 8200. Si este ritmo se multiplicara en otras regiones del país, las maderas y la celulosa suavizarían el preocupado ceño de nuestros economistas.

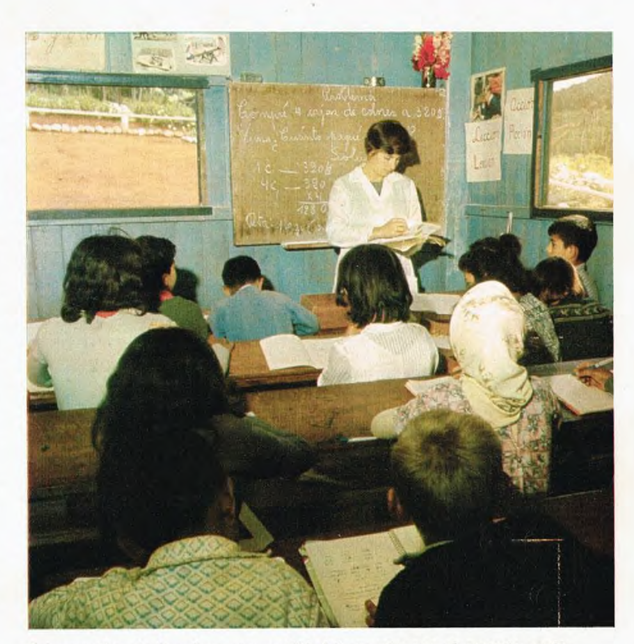
LAS AGUAS GRANDES

La certera inspiración de un anónimo indio guaraní les adjudicó un nombre que perduraría: *I - guazú*, es decir, Aguas Grandes. El primer blanco que se asomó al pasmoso escenario fue Alvar Núñez Cabeza de Vaca, quien llegó al sitio en diciembre de 1541 y las rebautizó "Salto de Santa María", denominación que nunca alcanzó mucha difusión y quedó eclipsada por el apelativo aborigen. Las cataratas son, sin duda, uno de los fenómenos naturales más bellos del planeta, y hace siglos que despiertan entusiasmo y admiración en cuantos las visitan.

No es para menos: son doscientos setenta y cinco saltos que se precipitan desde alturas que varían entre 40 y 80 metros formando nubes de vapor, tiñendo el aire con arcos iris y atronando el ámbito con un rumor sordo y potente. Constituyen, además, la atracción máxima del Parque Nacional Iguazú, un santuario de la flora y de la fauna que nació en 1934 y abarca más de 50 000 hectáreas. Hasta principios de siglo el lugar pertenecía a una familia de apellido Lezama, que un buen día de 1909 decidió rematar la propiedad, con cataratas y todo. El comprador fue Domingo Ayarragaray, que instaló obrajes, levantó un hotel, abrió picadas y caminos, y en 1928 le vendió al Estado 75 000 hectáreas en torno de las cataratas. Costaron poco más de tres millones de pesos.

ESCUELAS EN EL SUBTROPICO

Ese rostro tradicional convive, dentro de las 182 prolijas manzanas que forman el corazón de Posadas, con los numerosos edificios altos que erizan el horizonte urbano y contemplan con indiferencia el intenso tránsito que fatiga las calzadas a toda hora. Casi ocho millares de automóviles, colectivos y camiones integran el parque automotor de la ciudad, que en los últimos años multiplicó sus pavimentos, mejoró la iluminación de grandes sectores y fue afirmando su carácter de urbe. El pulso informativo capitalino late en las ediciones de "El Territorio", principal diario de la provincia, en la revista mensual "Apuntes" y en los noticieros de LT 4 y LT 17, las dos emisoras de la capital misionera. Eldorado, Oberá y Puerto Iguazú cuentan también con radioemisoras, y la televisión, por su parte, está representada por dos canales privados de circuito cerrado —uno en Posadas y otro en Oberá—, y por LT 83 Canal 12, que pertenece al estado provincial y difunde sus emisiones desde la capital, llegando a una vasta zona del interior por medio de cuatro repetidoras, dos de ellas ubicadas en territorio correntino.



Las escuelas de la selva: una realidad impuesta por el agreste medio.

En el ámbito de la educación Posadas ostenta una indiscutida primacía sobre el resto de la provincia, puesto que reúne a la Facultad de Ingeniería de la Universidad del Nordeste, dos institutos superiores de profesorado y varios establecimientos de enseñanza media. Por supuesto, también existen colegios secundarios en varias ciudades del interior provincial, especializados algunos en la formación de técnicos en distintas especialidades, incluidas las agrícolas.

Una característica que distingue a la educación primaria en Misiones es que en ella coexisten dos sistemas. Uno es el nacional, que proviene de los tiempos en que la provincia era aún un territorio, y el otro, el provincial, se empezó a configurar en el año 1953, correspondiente a la provincialización del estado misionero. Si bien los objetivos finales de ambos sistemas son los mismos, no existe una coordinación suficiente, sobre todo en lo referente a planes y programas, lo que dificulta, en el caso de las escuelas nacionales, la posibilidad de adaptación a los requerimientos zonales o locales. Las autoridades, conscientes del problema, dieron el primer paso para solucionarlo: por convenio se adoptó para los establecimientos nacionales el programa provincial.

La otra gran cuestión se relaciona directamente con las características geopolíticas de la zona: en otras palabras, la extensión de sus fronteras, a cuyas márgenes residen poblaciones inestables y frecuentemente bilingües. Para asistir a estos casos particulares se han creado 20 escuelas de frontera, especialmente dedicadas a la estabilización de la población y a fomentar su identificación con la nación en que residen.

Tan promisorio panorama contrasta con el alarmante índice de deserción escolar que registra la provincia, superior al setenta por ciento. Las causas de ese fenómeno superan el marco de la enseñanza para relacionarse con la precariedad económica que aflige a vastos sectores de la población; los mismos, por otra parte, que engruesan las cifras de analfabetismo: de cada cien misioneros, diecinueve no saben leer ni escribir, situación que se registra fundamentalmente entre los mayores de treinta años pertenecientes a las capas más humildes.

Estrechamente ligada a la falta de recursos y otras carencias se encuentra la mortalidad infantil, que en 1968 descendió al 58,7 por mil. Agrava ese cuadro el hecho de que numerosas poblaciones del interior —importantes algunas— carecen de aguas corrientes y redes cloacales, por lo que resulta indispensable concretar esas obras para mejorar el saneamiento ambiental. En idéntico plano se ubica la necesaria renovación de la estructura hospitalaria de la provincia, que en 1971 contaba con 1158 camas y 103 establecimientos asistenciales.

LA SELVA, ESA INSPIRADORA

Recia, llena de historias que tiñen de epopeya la conquista de su territorio, Misiones despertó siempre la inspiración de escritores, poetas y plásticos. La influencia del salvaje escenario que predomina en la provincia alentó, incluso, incursiones literarias en personas que la recorrían por motivos diferentes. El agrimensor Juan Queirel, que realizó varias expediciones a la región para efectuar relevamientos y mediciones, es uno de los ejemplos más claros. Cumplida la tarea que lo

obligó a vivir muchos meses en la espesura, editó en 1897 un libro que está hoy entre los clásicos de la región: *Misiones,* donde estampa observaciones científicas, semblanzas de personajes, crónicas de su actividad y descripciones que alcanzan a veces notable nivel literario. Lo mismo sucede con muchos historiadores, poetas, religiosos o naturalistas oriundos de otras latitudes, que dedicaron a Misiones una parte substancial de su obra. La expresión más acabada de ese fenómeno es Horacio Quiroga, que si bien nació en la ciudad uruguaya de Salto, pasó en Misiones los años más prolíficos de su carrera literaria.

Quiroga conoció la tierra colorada en 1903, cuando integró —en calidad de fotógrafo— la expedición que dirigió Leopoldo Lugones, a quien las autoridades habían encargado un prolijo estudio sobre las ruinas jesuíticas, que estampó más tarde en su discutido libro *El Imperio Jesuítico.* El impacto que la selva causó en Quiroga marcó a fuego todos sus pasos posteriores; en 1906 adquiría varias hectáreas en San Ignacio, donde se radicó en 1909. El Paraná, que se atisba desde el promontorio donde construyó su casa; la selva, que tiende su impenetrable cortina verde a pocos pasos de la vivienda; los extraños personajes que transitan la región (mensúes, inmigrantes, aventureros, desarraigados); los animales; Misiones, en suma, se convierte en la fuente que inspira sus mayores logros literarios. En San Ignacio el escritor vive consustanciado con la naturaleza; además de escribir construye las canoas con que navega por el Paraná, embalsama pájaros, fabrica prendas con el cuero de los animales que caza, se convierte en artesano. En 1916 se aleja del lugar, al que volverá en 1931 para radicarse nuevamente. Cinco años más tarde regresa a Buenos Aires para tratarse una dolencia; esta vez no retornará: el 19 de marzo de 1937, cuando descubre que su enfermedad es incurable, se suicida ingiriendo cianuro.

El mismo denso escenario geográfico y humano que deslumbró al autor de *Cuentos de la Selva* sigue influyendo decisivamente en los escritores del presente. En tal sentido, suman decenas los nombres de quienes han estampado en poemas y cuentos la impresión que les provoca el paisaje misionero. Salvador Lentini Fraga, José Antonio Ramallo, Stella Chapo de Leguía, Lydia Beatriz Vignolles, Martha Herrera de Ocampo, son algunos de los nombres que integran la vasta nómina de escritores y poetas misioneros de la actualidad. En el campo de la investigación y el ensayo histórico, por su parte, se destacan nítidamente Aníbal Cambas y Julio César Sánchez Ratti, aunque la exploración del pasado provincial es tema del que se ocupan numerosos escritores y periodistas. De uno u otro modo, todos ellos asumen en su obra la vitalidad que fluye de la tierra colorada.

En *Siesta,* una de sus "acuarelas misioneras", el cuentista y periodista Alberto Garavaglia transmite con energía el efecto sofocante del abrazo tropical que descarga a veces el verano altoparanaense:

> "Sed y sudor. Polvo ardiente, vapores y asfixia sobre hombres, plantas y víboras. Sangre detenida, ojos sin expresión, tallos mustios en el incendio general. Ansias de gritos ahogados por la modorra de las tres de la tarde en un pueblo cualquiera del Alto Paraná. . ."

La cara exactamente opuesta del paisaje es la que plasmó Salvador Lentini Fraga en su poema "Lluvia en el monte":

Vibra un retumbo de cansados [truenos
en la angustiada soledad del [monte
mientras bajan sonoras e [implacables
las plateadas cadenas de la lluvia.
. . . .
Mortecina vislumbre del ocaso
lava el mustio paisaje fenecido
y tan sólo el zorzal tiene su eco
en este triste naufragar del día.

Por supuesto, también son muchos los que han elegido otros caminos, otros medios de expresión para canalizar su creatividad. En el territorio provincial hay diseminados innumerables artistas y artesanos prácticamente desconocidos para el gran público: tallistas de piedra y madera, músicos, pintores, escultores. Prototípica de esas formas casi siempre autodidactas de expresión es la obra del tallista Rodolfo Allou, que aprovecha los caprichos de raíces, ramas y troncos para realizar sus obras.

En distinto plano se ubica la producción de algunos plásticos cuyo renombre ha trascendido las fronteras provinciales, como en el caso del pintor, dibujante y grabador Lucas Braulio Areco, del pintor Atilio Pressa —misionero por adopción—,











Posadas, la capital misionera, festejó en 1970 sus primeros cien años de vida. En ese lapso la "Trinchera de San José", como se llamó en el pasado, fue creciendo lentamente, hasta que en los últimos años protagonizó un boom *edilicio y comercial que la transformó totalmente, erradicando de la parte céntrica sus antiguos aires provincianos. Hoy es una ciudad dinámica, con sus calles principales (1, Bolívar) trajinadas por intenso tránsito y flanqueadas por monumentales edificios (2, Hotel de Turismo). Es, también, el mayor núcleo urbano de la provincia y el centro más dinámico de la actividad cultural e informativa, que se canaliza, en buena medida, a través de los micrófonos de las dos emisoras urbanas: LT 4, que funciona en un antiguo pero amplio edificio (3), y LT 17 (4), cuyas emisiones llegan hasta la cercana tierra paraguaya.*


1

de la grabadora Erika Wagner, de Juan Carlos Solís, Oscar Pedrozzo, Diego Alvarez y otros, què nutren con sus obras las exposiciones y concursos que marcan el ritmo de la plástica provincial. Aunque esos eventos se cumplen en casi todas las localidades importantes, el quehacer cultural de la provincia tiene su epicentro en Posadas y Oberá, que cuentan además con escuelas de arte y otros semilleros donde cultivan sus inclinaciones artísticas los futuros plásticos misioneros.

Exposiciones, presentaciones de artistas, conciertos y concursos son patrocinados anualmente por la Dirección de Cultura de la provincia, organismo del que dependen la Comedia Misionera, una orquesta sinfónica y otra de folklore, etc. La repartición patrocina todos los años el denominado Salón de Artistas Plásticos de Misiones, pero también existen certámenes de teatro y de música que se cumplen más o menos regularmente, apoyados siempre por grupos de aficionados entusiastas, como los que militan en la Asociación de Amigos del Arte, de Posadas, o los que integran la comisión que tiene por objetivo erigir en la ciudad la Casa del Artista. El logro, de concretarse, se sumaría al conocido Palacio del Mate, una mezcla de peña, salón de arte, museo y escuela que atesora —entre otros objetos— numerosas tallas del chaqueño Juan de Dios Mena.

Otra vieja ambición que los posadeños esperan satisfacer es la erección de un Museo de Bellas Artes, institución todavía ausente del panorama provincial. Su construcción forma parte del proyectado Centro Cultural, que incluye una gran biblioteca, aulas para enseñanza, salón auditorio y ótras instalaciones; algo así como un "complejo artístico" que abarcará también al ya célebre anfiteatro Manuel Antonio Ramírez, escenario de numerosos eventos anuales. Quizá el más famoso sea el Festival del Litoral, que desde 1963 convoca todos los años, en diciembre, el fervor de los amantes del folklore. Es, también, una buena excusa para incentivar la afluencia de visitantes, aunque en ese terreno la provincia cuenta con una materia prima natural tan extraordinaria, que la industria del turismo tiene posibilidades de desarrollo casi ilimitadas.

TURISMO: UN POTENCIAL INAGOTABLE

Caza variada, pesca abundante, cascadas encantadoras, paisajes múltiples y panoramas vírgenes convierten a la provincia en una verdadera meca turística que aún no ha logrado aprovechar integralmente esos recursos por las limitaciones de una infraestructura poco desarrollada. Durante mucho tiempo Misiones permaneció —para el habitante de otras regiones— rodeada de presunciones exageradas con respecto al clima, las fieras o las alimañas. Esa imagen se va diluyendo paulatinamente, pero todavía subsisten algunos de los efectos que provocó. Uno de los principales es el hecho de que Misiones esté visualizada como una provincia de turismo "de invierno", lo que hacia junio y julio motiva una verdadera invasión de visitantes que no se registra ni por asomo durante los meses restantes. A ese serio inconveniente, que los misioneros tratan de eliminar con campañas de promoción que invitan a visitar la provincia todo el año, se añaden las carencias reales de la infraestructura turística, especialmente en lo referente a hoteles y caminos. El ánimo de solucionar esos problemas ha inspirado distintas medidas destinadas a promover la hotelería y dotar de instalaciones a lugares de interés especial. La clave, sin embargo, parece residir en la construcción de pavimentos, ya que innumerables sitios permanecen alejados de los visitantes debido a los inconvenientes que existen para llegar hasta ellos. El accidentado relieve de gran parte de la provincia ha originado decenas de cascadas, que, a pesar de su extraordinaria belleza, no reciben ni una mínima parte de los viajeros que contemplan las del Iguazú.

Esa situación se revela con toda crudeza en el caso de los saltos del Moconá, ubicados sobre el río Uruguay, cerca de la desembocadura del Pepirí Miní. Se trata de un capricho natural sin parangones, ya que el río, en determinado punto, se divide en dos brazos que corren paralelos; uno de ellos se desliza siguiendo el declive natural del terreno, y el otro, por una especie de canaleta superior que vuelca su caudal sobre el curso inferior a lo largo de tres kilómetros formando una atronadora cascada lateral de diez metros de altura. Semejante maravilla perma-





1) Ubicada en pleno centro de Posadas, la plaza Nueve de Julio es un oasis ideal para mitigar el duro castigo del sol veraniego.

2) El puerto capitalino concentra el movimiento de lanchas entre Posadas y la ciudad paraguaya de Encarnación.

3) La catedral posadeña: sus airosas torres son visibles desde un amplio sector de la ciudad.

4) Casa de Gobierno: está ubicada a un costado de la plaza 9 de Julio.







1) El balneario municipal de Posadas, junto al Paraná, refresca a los misioneros durante los veranos.

2) La plaza San Martín y la catedral (3) de Oberá.

4) Los saltos del Moconá, una maravilla natural, son un fenómeno único en la naturaleza por el curioso capricho del río Uruguay que los origina.



nece prácticamente vedada a los turistas que no tienen ánimos expedicionarios, ya que llegar a ellas supone remontar el río casi cien kilómetros en lancha o recorrer una picada de 85 kilómetros y combinar —por radio— un encuentro con el lanchero que lleva hasta los saltos. Millones de mariposas multicolores, aguas cristalinas y lujuriosa vegetación remarcan la condición paradisíaca del lugar, tan virgen que carece de toda comodidad, sea hotel, refugios o proveeduría; es necesario acampar llevando todo lo necesario, incluido un equipo de pesca para tentar suerte con los dorados.

NO SOLO CATARATAS

Obviamente, muy distinta es la situación de las cataratas del Iguazú, que si bien sufrieron durante décadas las postergaciones oficiales, en los últimos tiempos recibieron un impulso notable. Al ser declaradas "prioridad uno" del desarrollo turístico nacional se convirtieron en eje de planes, licitaciones y campañas de promoción. Puerto Iguazú, base logística de toda la región, dio entonces un salto portentoso en materia de infraestructura: el pavimento cubre hoy sus principales calles, ha empezado a tenderse el sistema de cloacas y aguas corrientes, hace poco fue inaugurada la nueva pista del aeropuerto, y se construyen varios hoteles que se suman al ya tradicional Hotel Iguazú, donde funciona un casino. A eso se añade el lento pero firme avance del asfalto sobre la ruta 12, que ya llegó hasta Eldorado y proseguirá su marcha hasta las Cataratas.

Esas obras, que demandan enormes inversiones, satisfacen una de las grandes ambiciones de los misioneros pero, según algunos expertos, entrañan el riesgo de eclipsar por completo al resto del territorio centralizando en Iguazú el noventa por ciento del movimiento turístico. Claro que, en cierto modo, eso parte de realidades preexistentes; hasta el momento los dos atractivos más célebres de Misiones son las Cataratas y las ruinas jesuíticas de San Ignacio; ambas se visitan sin apartarse demasiado del itinerario que marca la ruta 12, donde también se escalonan encantos que pasan inadvertidos para los que van con la "idea fija" de las ruinas y los saltos. Casi no existe localidad del Alto Paraná que carezca de algún atractivo digno de conocerse: plantaciones, establecimientos fabriles, balnearios, cascadas, sitios de pesca, u otros. Entre estos últimos se destaca la isla Caraguatay, ubicada cerca de Monte

SAN IGNACIO: RUINAS Y TURISTAS

Convertida en meta de turistas que la ametrallan con sus cámaras fotográficas, la Reducción de San Ignacio Miní es la que mejor se conserva de las once que florecieron en el territorio misionero. No fue la más importante de su época, pero llegó a contar con casi cinco mil habitantes, y en 1768 las estancias de los alrededores tenían unos 33 000 vacunos, 1500 caballos, dos productivos yerbales, algodonales y otros plantíos. Buena parte del esfuerzo que demandó construir ese emporio se adivina hoy al recorrer los restos de la Misión, que empezó a ser restaurada en 1942 y poco después fue declarada Monumento Histórico Nacional. Hasta entonces, el lugar sólo era visitado por alguno que otro turista poco aprensivo que se decidía a internarse entre la maleza. No era mucho, por supuesto, lo que podía verse: en poco más de un siglo de abandono, los ibapois atraparon columnas y dinteles, las raíces brotaron por millares entre las junturas de las piedras, y mientras los helechos decoraban caprichosamente las paredes, el rojo de la piedra "tacurú" desapareció bajo el manto verde y resbaloso de los musgos. Por eso no resulta difícil explicarse la lentitud con que avanzó la reconstrucción, que demandó más de siete años de trabajo. El resultado final es el que hoy disfrutan quienes recorren las ruinas: un paseo de características bastante excepcionales. En los rincones apartados abundan las muestras de lo que es capaz de hacer la maleza cuando se la deja prosperar sin ponerle límites: a pocos pasos del templo, una "higuera brava" cubrió completamente una de las columnas de piedra que sustentaban el techo de las casas indias.

El edificio más espectacular es el templo, que mide más de sesenta metros de largo por 24 de ancho y tiene un monumental pórtico labrado que, inexorablemente, moviliza los afanes fotográficos de los curiosos. Frente a la iglesia se encuentra la plaza central de la Reducción, flanqueada por el Cabildo, oficinas públicas y las casas de los caciques, de ubicación preferencial. A un costado del templo aparece el enorme patio sobre el que se abrían las habitaciones sacerdotales, aulas, talleres y depósitos. Recorrer las ruinas sin apuro y con atención convierte al paseo en una verdadera cacería de detalles constructivos y ornamentales que a menudo resultan asombrosos. Es que la Reducción fue una de las más "trabajadas" de su época: cientos de inspirados artistas indios la convirtieron en un verdadero monumento arquitectónico. No imaginaban, por supuesto, que siglos después la selva sería despejada con prolijidad para que millares de blancos pudieran admirar su obra.



Crepúsculo de verano en el Alto Paraná. Pronto la noche cálida hará regresar a pescadores y bañistas.

Carlo, donde se forman numerosas correderas que los dorados eligen para ponerse al acecho de sus presas. Conociendo esa circunstancia, quienes también se ponen al acecho durante la temporada son los pescadores, que derrochan entusiasmo cuando se trata de capturar "tigres del río". Buena parte de los que visitan Misiones van, precisamente, en pos de la soñada pesca del dorado, consagrada oficialmente por una Fiesta Provincial.

Abundan pacúes, manguruyúes, bogas, rayas, surubíes, pirá-pitás (salmones criollos) y otras especies, convirtiendo también a los arroyos en objetivo de los pescadores. La caza, por su parte, está rigurosamente limitada debido a los estragos que causaron durante años las cacerías comerciales, pero las leyes autorizan a cobrar varias piezas a quien respete las disposiciones conservacionistas. Así, pueden abatirse antas, pecaríes, venados, carpinchos y otros animales, siendo en cambio reprimida la matanza de yaguaretés, pumas, osos hormigueros, monos y ardillas. Al ser desplazadas por la presencia del hombre, muchas especies se replegaron paulatinamente hacia las comarcas que se recuestan sobre el río Uruguay y el nordeste del territorio. Esos sitios constituyen, todavía, paraísos por descubrir, verdaderas cajas de sorpresas hasta para los mismos lugareños: allí abundan los rincones aptos para la actividad campamentera, que podrán servir para el turismo familiar cuando estén dotados de algunas comodidades. Conociendo esas posibilidades, son muchos los que esperan la anunciada construcción de la ruta marginal que llegará a las poblaciones costeras del Alto Uruguay, el mejoramiento del acceso a los saltos del Moconá y otras obras que abrirán horizontes insólitos al turismo en la provincia.

Habitualmente, los visitantes utilizan a Posadas como "trampolín" para sus andanzas por el interior, dedicando dos o tres días a recorrer la ciudad y sus alrededores. Tal conducta, por supuesto, obedece a un motivo bien concreto: la capital misionera une a su excelente hotelería un colorido abanico de atractivos. Las cuidadas plazas, el hermoso parque República del Paraguay, el Museo Regional y el balneario municipal se suman al interés que despierta invariablemente la visita al Mercado Modelo, epicentro de una singular feria animada por la presencia de numerosas vendedoras paraguayas. A otros les resulta más interesante la posibilidad de ganarle a la banca en el cómodo Casino Provincial, que permanece abierto todo el año y sólo descansa los lunes. Además, frente a la capital está la ciudad paraguaya de Encarnación, con decenas de negocios que tientan al turismo y sirven de pretexto para realizar una fugaz escapada a la tierra guaraní.

De Posadas en adelante Misiones despliega el encanto rojo y verde de su territorio con la misma hospitalidad que demuestra a cada paso su gente, dispuesta siempre a "dar una mano", con sencillez, a todo el que recorre la tierra colorada. Esa postura resume, sin ambages, una de las características sobresalientes del pueblo misionero: su permanente predisposición solidaria, actitud natural, al fin y al cabo, en una región donde todo hubo que hacerlo con el esfuerzo y la tenacidad de sus habitantes.



GUACURARI

Los brasileños lo llamaban Artiguinhas, y razón no les faltaba porque aquel guaraní valeroso era uno de los mejores lugartenientes del caudillo oriental. Su nombre verdadero era Andrés Guacurarí, y había nacido en noviembre de 1778 en la reducción jesuítica de San Borja, antecesora de la actual ciudad brasileña situada frente a Santo Tomé. Dominaba el castellano, el guaraní y el portugués, y poco a poco fue acumulando una cultura bastante amplia para la época, virtud que añadía a sus excelentes condiciones de músico.

No fueron sus aptitudes musicales, sin embargo, las que lo convirtieron en el jefe más respetado de la región, sino el inveterado afán de obtener la reivindicación de sus hermanos allí donde estuvieran sometidos, y el empeño que puso para impedir que las Misiones cayeran en manos que no fueran guaraníes. Esa decisión lo llevó a identificarse plenamente con la prédica federal de José Gervasio de Artigas, que inspiró todas sus campañas. Andresito era jefe de un ejército constituido casi exclusivamente por indios guaraníes, como lo indica el nombre de sus capitanes: Javier Sití, Ignacio Mbayaé, Manuel Cairé, Andrés Yabacú, Vicente Tiraparé, entre otros. Melchora Caburú, su esposa, lo acompañó en todas las campañas, igual que fray José Acevedo —su capellán— que incluso llegó a comandar tropas en lucha.

Aunque tuvo una proyección mucho mayor, el principal accionar del caudillo guaraní abarcó poco más de cinco años, y se inició en 1815 cuando el gobernante paraguayo Gaspar Rodríguez de Francia ordenó a sus tropas que cruzaran el Paraná y tomaran los pueblos jesuíticos de Candelaria, Santa Ana, Loreto, Corpus y San Ignacio. Enterado de la novedad, Artigas le escribió a Guacurarí en el mes de agosto: "Los paraguayos si quieren vivir tranquilos con nosotros deben repasar el Paraná y ponerse en la frontera de la República (. . .) Escríbale a González (jefe de los invasores) que nada tiene que hacer en el pueblo de Candelaria. . ." Las tratativas no dieron resultado y Guacurarí debió optar por la violencia: en sucesivos y feroces combates desalojó por completo a los invasores.

Luego de la victoria fue nombrado Comandante General de Corrientes, cuyo gobierno ejerció hasta 1816, cuando inició campaña contra las tropas luso-brasileñas que ocupaban desde 1801 las reducciones ubicadas en la banda oriental del río Uruguay. Esta vez, sin embargo, la suerte le sería adversa. Pese a obtener varios triunfos parciales y contar con el masivo apoyo de la población guaraní, fracasó en el intento de tomar San Borja —único pueblo que no había sido liberado— y debió replegarse a su punto de partida. Dueño del campo quedaba el brigadier Francisco dos Chagas Santos, que más tarde recibiría el mote de "Atila de América" por las sanguinarias invasiones que protagonizó. A principios de 1817 Chagas cruzó el Uruguay saqueando e incendiando Yapeyú, La Cruz, Santo Tomé, Santa María la Mayor, Apóstoles, San José, San Carlos y Mártires. La demoledora incursión fue enfrentada por las tropas de Guacurarí, que no pudieron impedir el saldo terrible que arrojó la campaña. Chagas, ufano, comunicó a sus superiores: "Hemos recorrido y devastado la campaña entera adyacente a estos pueblos (. . .) saqueando y transportando a la ribera izquierda del río 80 arrobas de plata, hermosos y buenos ornamentos de iglesias (. . .) excelentes campanas, 3000 caballos, otras tantas yeguas, 1 300 000 reis acuñados".

En julio el tozudo portugués volvió a invadir Misiones para batir a las reorganizadas fuerzas de Andresito; el choque se produjo en Apóstoles y el triunfo quedó del lado guaraní; la fusilería misionera causó estragos entre los brasileños, que —ya en retirada— debieron soportar el asedio permanente de partidas comandadas por Guacurarí en persona. En marzo de 1818 Chagas invadió nuevamente Misiones al mando de 1000 hombres con artillería. Andresito se fortificó con unos 500 indios y 400 gauchos correntinos en San Carlos, donde se libró uno de los enfrentamientos más feroces de la época: murieron cientos de combatientes y ninguno de los bandos intentó parlamentar; cuando los bastiones indios habían sido derruidos a cañonazos y las llamas se alzaban entre los escombros, Guacurarí rompió el cerco enemigo y emprendió la retirada: San Carlos estaba destruido pero los brasileños habían sido diezmados y no podrían hacer mucho más.

Meses más tarde Guacurarí volvió a reorganizar sus fuerzas y, cumpliendo órdenes de Artigas, marchó sobre Corrientes para combatir al gobierno de José Vedoya, enrolado en el antifederalismo. Tras derrotarlo en la batalla de Saladas ocupó la ciudad de Corrientes y ejerció el cargo de Gobernador hasta abril de 1819, en que se retiró. En mayo de ese año volvió a cruzar el Uruguay y tomó los siete pueblos misioneros que retenían los luso-brasileños; luego de una serie de contrastes fue capturado y confinado junto con otros jefes artiguistas y combatientes guaraníes en sórdidos penales de Porto Alegre y Río de Janeiro hasta que una gestión del representante español Francisco de Borja Magariños le permitió obtener la libertad. El último dato que registra la historia es el de su arribo a Montevideo en julio de 1821. El misterio que cubre sus pasos posteriores no logra, empero, eclipsar la trayectoria de este extraordinario argentino de raza guaraní.

EL CACIQUE MAYDANA

Para la Argentina, 1845 y 1846 fueron años difíciles. Ingleses y franceses bloqueaban el país, y no pocos artículos escaseaban. Entre ellos había uno de uso cotidiano y prácticamente irreemplazable: la yerba mate, que antes llegaba en barco desde Brasil y ahora era necesario conseguir en otra parte, quizás incentivando la producción local. Por eso, nadie se extrañó en Santo Tomé (Corrientes) cuando un grupo de vecinos organizó una expedición para buscar yerbales silvestres en la zona del Alto Uruguay, es decir, en la tierra de las Misiones. Al frente marchaba el intrépido Jacinto Galeano, y de maestro de postas Roque Maydana, que decidió llevar a su hijo Bonifacio, un chiquilín de diez años. La empresa no era para niños, pero don Roque no pensaba lo mismo, sobre todo porque nunca se imaginó el trágico fin de la aventura. Fueron atacados en plena selva por los indios, y todos perecieron, excepto el niño, que desde entonces fue incorporado a la tribu como un indiecito más.

Relata Marcos Kaner que Bonifacio "...desarrolló grandes condiciones, y a medida que crecía cobraba mayor ascendiente entre los indígenas...". Sus condiciones de jefe se evidenciaron en poco tiempo, sobre todo cuando el cacique Fracrán —autoridad máxima— tuvo una desinteligencia con un grupo de subordinados y éstos decidieron apartarse y confiaron la jefatura a Maydana. Desde ese momento fueron dos los dueños de la región, y a pesar de su rivalidad compartían el mismo criterio con respecto a los blancos: hasta 1874 ambos acosaron permanentemente a los yerbateros que pretendían explotar las formaciones naturales, impidiéndoles establecerse en la zona con tranquilidad.

El encargado de poner término a esa situación fue Fructuoso Moraes Dutra, un brasileño que durante sus increíbles andanzas había aprendido todos los dialectos indígenas y cuyo valor rayaba en lo temerario. Juan Goicoechea, establecido en la costa paraguaya, decidió patrocinar una expedición para buscar en Misiones yerbales vírgenes, y sabiendo que sólo Dutra era capaz de acometer la empresa, lo llamó para hacerle el encargo. El brasileño pidió veinte hombres armados, pero tuvo que conformarse con seis; con esa reducida tropa se adentró en la selva en busca de Maydana y su tribu. Después de atravesar a machetazo limpio la espesura, Dutra llegó a la aldea donde vivían el jefe guaraní y casi 150 habitantes más. La encontró desierta, pero sabía a qué atenerse: los indios estaban emboscados en las inmediaciones y resolvió ir a buscarlos. Apelando a la audacia que lo hizo célebre, Dutra avanzó solo, con su escopeta de dos caños, el revólver calzado en la faja, y el machete; 44 indígenas esperaban la orden de su jefe para atravesar a flechazos al intruso, pero Maydana decidió dialogar con él. Después de las primeras, tensas palabras, ambos convinieron en arrojar las armas al suelo. Sin embargo, Dutra conservó un elemento muy eficaz: su poder de convicción; al cabo de unas horas obtuvo permiso de Maydana para abrir picadas mulateras y explotar los yerbales. No sólo eso: el cacique blanco acompañó al brasileño hasta las tierras de Goicoechea y después fue con él a Corrientes. Los yerbateros ya podían entrar al monte sin temor.

LA IMPRENTA QUE NACIO EN LA SELVA



Misiones jesuíticas, San Ignacio

La mayor parte de los objetos que han quedado como testimonio del arte que floreció en las Misiones son de piedra y metal, por la sencilla razón de que los incendios redujeron a cenizas millares de cuadros y tallas de madera. Dirigidos por los religiosos, los indios se convirtieron en expertos cultores de las artes plásticas, poblando con sus obras los templos de todo el Virreinato. Como el lujo personal no estaba permitido, el destino final de las obras era, casi inexorablemente, la iglesia local, que estaba por lo común abarrotada de pinturas y tallas. Como solía faltar espacio para ubicarlas, se dio el caso de que las capillas de las chacras y algodonales cercanos también se convirtieran en pequeñas muestras de arte.

De todos modos, el suceso más extraordinario del ámbito artesanal y artístico se produjo en la Reducción de Nuestra Señora de Loreto, donde bajo la dirección de los padres Neumann, Aparger y Serrano se fabricó una imprenta que lanzó su primer libro en el año 1700. Al respecto, Bartolomé Mitre opinó que fue "...un hecho singular en la historia de la tipografía después del invento de Gutenberg", porque "nació o renació en medio de las selvas vírgenes, como una Minerva indígena, armada de todas sus piezas, con tipos de su fabricación, (...) con nuevos signos fonéticos de su invención hablando una lengua desconocida en el viejo mundo...". Ocurre que la creación del artefacto, que ni siquiera en Europa se hallaba muy difundido, se relaciona directamente con otro notable logro jesuítico: la invención del alfabeto guaraní, que permitió imprimir varias obras en el idioma de los aborígenes. El más antiguo que se conserva se titula "De la diferencia entre lo temporal y lo eterno", y su texto abarca más de 400 páginas, ilustradas con 43 láminas y 67 viñetas. El autor de las xilografías se convirtió así en el primer grabador argentino, y su nombre indica claramente el origen autóctono de la sangre que corría por sus venas: se llamaba José Yaparí.